

48

LAGRIMAS I RECUERDOS,

o

JUSTIFICACION DEL DOLOR DE LAS

BOGOTANAS

1036 Pa 7; H 263 Pa 7; H 412 Pa 12



874

POR LA EXPULSION

RELIJIOSOS

DE LA

COMPANIA DE JESUS.

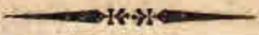
BOGOTA.

IMPRENTA DE ESPINOSA, POR JUAN DE DIOS GOMEZ.

1850.

DE HISTORIA
BIBLIOTECA

INTRODUCCION.



Es un deber confesar en todo tiempo una verdad importante, porque aunque ella no sea reconocida inmediatamente, puede prepararse de tal manera el espíritu, que produzca después mayor imparcialidad de juicios i el consiguiente triunfo de la justicia.—*Silvio Pellico.*

Ya es preciso enjugar las dolorosas lágrimas que brotan de los ojos, al recuerdo de los aciagos días en que fueron arrebatados de entre nosotros los Religiosos de la COMPANIA DE JESUS, para volver á repasar el largo i tenebroso camino que hemos hecho, i para poner la mano sobre las heridas del corazón con frente serena. Sí: ya es preciso que nuestros afectos i nuestra sensibilidad cedan su lugar á la memoria, para estampar sobre el papel, humedecido aún por el llanto, las negras injusticias de los hombres, los acervos dolores del corazón, i los recuerdos de nuestros carísimos amigos.



PARTE PRIMERA.

LAGRIMAS DEL MES DE MAYO DE 1850.

I.

9 DE MAYO.

En nuestros bosques hai (tú la verás) una planta cuyas flores se forman, pero nunca se abren. ¡Como esas flores son nuestras esperanzas!—*El V. de Chateaubriand.*

Era un día triste, oscuro y lluvioso. El corazón presentía grandes dolores, pero la esperanza brillaba aún, al travez de las densas nubes que cubrían el cielo de nuestros crudos pensamientos. Las damas bogotanas, bellas, nobles, entusiastas por la virtud, por la justicia, por el honor i por la prosperidad de la patria, se adornaban aquel día cuidadosamente, rizaban sus cabellos i, al contemplar su imagen en el terso cristal que les servía de consejero, se

sonreian tristemente, descubriendo sobre sus mejillas la reciente huella de sus copiosas lágrimas. Ah! que ellas se disponian á presentarse al primer majistrado de la Nacion, á pedirle que se abstuviese de dictar el decreto de expulsion, que ya se anunciaba, contra los virtuosos sacerdotes de la Compañia de JESUS; porque ese decreto, seria contrario á la justicia, á la tolerancia, á la libertad, á las garantias i á los derechos individuales, que la Constitucion les concedia, á ellas, á sus hijos, á sus padres, á sus esposos, á la sociedad católica i á los sacerdotes católicos residentes en el pais, á virtud de una lei i de un decreto ejecutivo, que habian tenido su cumplimiento.

La viuda respetable de uno de los próceres de la independencia, decapitado en una de nuestras plazas por su amor á la libertad, debia presidirlas i presentar al Jefe del Estado una solicitud, firmada por mas de ochocientas matronas respetables de la capital, muchas de ellas hijas ó viudas, hermanas ó parientes de los próceres de la independencia. En ella respetuosamente le pedian, en nombre de la Constitucion, en nombre de la justicia, en nombre de la libertad i del honor nacional, la proteccion legal que por un artículo de la Constitucion, debe el Gobierno á los católicos en el ejercicio de su culto, la libertad en el ejercicio de este mismo culto, la libertad de enseñanza, la libertad individual, la práctica, en fin, de esos principios tan decantados de fraternidad i tolerancia, que serian hollados contra la voluntad nacional, (espresada ya por medio de infinitas representaciones de diversas provincias), si se llevara á cabo tan injusta medida.

Era la segunda vez que aquella respetable matrona pedia audiencia al primer majistrado. La primera habia ido á pedir gracia, adornada con su juventud i sus lágrimas, en favor de su esposo. La segunda iba á pedir justicia, adornada con sus nobles cabellos blanqueados por el dolor i las lágrimas de la viudez. La primera, habia ido á postrarse á los pies de un déspota español, enviado á castigar el sublime sentimiento de libertad, que hervia en los corazones granadinos. La segunda, iba á pedir al presidente constitucional de su patria, mantuviese al pueblo en el goce de los derechos i garantias que la conquista de esa misma libertad le asegurara. La primera, habia ido á solicitar la compasion de un ejecutor de las órdenes de un gobierno monárquico; sin mas antecedentes, que su virtud i su hermosura; sin mas derechos, que su dolor i su desgracia. La segunda, iba á presentarse ante un antiguo soldado de la independencia, agoviada con el peso de sus merecimientos, con la gloria de 34 años de honrosa viudez, de 34 años de soledad i de lágrimas ofrecidas en las aras de la patria i mezcladas con la sangre de un esposo idolatrado, á pedir, que no se ultrajase la moral ni se hollasen las instituciones. La primera, habia ido con otras pocas matronas á pedir una gracia, un favor personal, la dicha de su existencia, la vida de su esposo. La segunda, iba acompañada de mas de dóscentas señoras de la capital, á presentar al Jefe del Estado una solicitud, la mas santa, la mas conforme con los deberes

de un gobierno liberal i con los derechos de un pueblo libre.

Sí; porque en aquella solicitud únicamente se le pedia, que no impidiese la permanencia en el país á aquellos varones apostólicos, que consagraban sus dias i sus noches, sus talentos i sus estudios, su tiempo i su salud, á la mayor gloria de Dios, conduciendo á los católicos por la senda de la virtud, enseñando á los ignorantes los principios de nuestra religion, dando culto solemne, poético i grandioso á la Divinidad, separando del crimen á los corazones extraviados, enjugando las lágrimas del pobre i del penitente, educando santa i cuidadosamente á la juventud, i haciendo amable i necesaria al corazón sensible i jeneroso de la mujer, la práctica de todas las virtudes evangélicas, de las que ellos daban continuamente, tantos i tan hermosos ejemplos á todos los habitantes de la ciudad.

Sí; ellas no pedian otra cosa, sino que se tolerasen en el país esos hombres útiles i laboriosos, cuyas costumbres puras i evangélicas, eran la mejor garantía de su obediencia á las leyes, i sobre las cuales, ni sus mas depravados enemigos habian podido hacer caer ni una mancha.

Ellas solo pedian: que se tolerase la Compañía de Jesus: i nó, como se toleran millares de extranjeros sobre cuya conducta i profesion no pesa nunca ni una sola mirada de la autoridad; i nó, como se toleran millares de compañías que no tienen por bandera, "la mayor gloria de Dios," que no tienen por divisa el nombre de Jesus; i á los cuales el gobierno, no solo tolera, sino dá proteccion. No; ni aun eso pedian ellas, sino tolerancia pura i sencilla, segun la estricta acepcion de la palabra.

Ellas solo pedian: que no se les arrebatasen sus mas bellas esperanzas, en aquellos inteligentes maestros de la juventud, á quienes un gran número de madres habian escojido, para que les ayudasen en la árdua i santa tarea de dar á la Iglesia fervorosos hijos, i á la patria ilustrados ciudadanos.

Ellas solo pedian: que no se hollasen las garantías individuales, arrojando del país á hombres tan beneméritos, tan útiles, tan virtuosos, por la única razon de llevar una humilde sotana, en vez de una elegante casaca, porque ese no era un crimen, para expulsar á nadie del país; i si ese no era un crimen, no, mil veces no! ellos no tenian otro.

Ellas, en fin, solo pedian: que no se arrojase una mancha sobre el honor nacional i sobre el Gobierno de su patria, comprometido públicamente por medio de su Ministro en Roma, no solo á tolerar, sino á proteger i sostener á aquellos extranjeros, á quienes él habia arrancado de tierras lejanas, á quienes él, con justas, legales i solemnes promesas, habia hecho dejar sus relaciones i sus comodidades, para que vinieran á propagar los conocimientos útiles, educando la juventud; para que vinieran á evangelizar á los gentiles, estableciendo colejos de misiones. Pero él, ese Gobierno, jamas les dijo, que vendrian á comer el pan negro i escaso de la caridad ajena, que vendrian á morir de hambre i estenuacion en los ignotos desiertos de la América. No, jamas se les dijo eso; pero esa fué

la recompensa que se les dió en cambio de sus sacrificios. I mientras ellos, pacientes i resignados, toleraban las miserias i sufrimientos que les habian atraído su condescendencia i su caridad; mientras ellos, cumplian fiel i religiosamente sus compromisos, el Gobierno de la Nueva Granada, que habia olvidado los suyos, se preparaba á cometer á la faz del mundo la mas grande injusticia, á dar el mas inaudito escándalo, i á cubrir de ignominia á la Nacion, arrojándolos de un país, que se llama libre i tolerante, sin causa, sin motivo, sin previo juicio, sin acusacion siquiera intentada contra ellos, por una sola falta ó por la apariencia de ella. I esto era lo que llenaba de indignacion i de dolor á aquellos corazones nobles i jenerosos de las damas Bogotanas; i todo esto fué lo que las hizo levantar la voz i correr desaladas á presentarse ante el primer magistrado, á reclamar el cumplimiento de las leyes que favorecian los derechos de aquellos Sacerdotes, los derechos del pueblo, los derechos de sus hijos, i los derechos que ellas mismas tenian, como miembros de la sociedad i como madres católicas. I era justa i santa su peticion, i era noble i heróico su entusiasmo, i era tremendo i crudo su dolor en aquellos momentos solemnes; porque el corazon ardiente i puro de la mujer no levanta jamas el grito de aprobacion ó improbacion, sino cuando la justicia se encuentra de por medio. Entónces ella, amante por naturaleza de la justicia i del honor, no permanece en silencio, i apesar de su debilidad i de su natural timidez, es capaz de inauditos esfuerzos i de grandes sacrificios. ¡Mas el heroismo i la virtud de estas nobles matronas no fué comprendido, i se tuvo la osadía de creer, que intentaban seducir al primer magistrado! Oh, no! ellas no iban á seducirlo; iban á hacerle oír la voz de la justicia i á recordarle, que el honor nacional i los derechos de miles de granadinos i de muchos extranjeros, reclamaban de él lo mismo que ellas demandaban.

Ayudadas, pues, en la justicia de su peticion, i engañadas por sus bellas esperanzas, abandonaron por algunos momentos sus pacíficos hogares, i se encaminaron al sitio designado para su reunion.

II.

LA AUDIENCIA.

No deseches el ruego del atribulado: i no vuelvas tu cara del necesitado.

No apartes tus ojos del menesteroso á causa de la ira: i no des lugar á los que te buscan, de maldecirte por detrás.

Ecles. cap. 4.º, vers. 4.º i 5.º

Las doce i tres cuartos habia dado el reloj de la Catedral, i una comision habia anunciado ya al Ciudadano Presidente que las Señoras de Bogotá pasarian aquel dia á su despacho, á poner en sus manos una representacion.

Las Señoras se hallaban reunidas en el salon de grados de la Universidad. La respetable matrona que las presidia, recordaba temblando el tremendo dia en que habia solicitado en vano la vida de su esposo; las demas la oían aterradas i un presentimiento cruel pasaba por la mente de cada una de ellas; mas luego reflexionando se decian. "No, las circunstancias son enteramente diversas;" i esta reflexion hacia nacer en sus corazones la esperanza de obtener una acogida i una resolucion favorables.—Oh! cuán grande era en aquel momento su gratitud, i qué radiosa la alegría que al travez de sus temores brillaba en sus semblantes!..... Multitud de graciosas jovencitas venian presurosas á colocar al pié de la solicitud sus puros nombres; los hombres experimentados las observaban llenos de compasion; las madres se enjugaban los ojos, al paso que unos jóvenes descorteses que habian invadido aquel recinto i colocádose en las tribunas i en las gradas del salon, se mofaban abiertamente de ellas: una ventolina fria i húmeda entraba silvando por las endijas de los bastidores i batia sin cesar sus cabellos. Las interrumpidas carcajadas de los necios, era el único ruido, que de cuando en cuando, se oía en aquel hermoso salon, á donde tantas veces habian venido las madres á ver colocar sobre los hombros de sus hijos ó parientes la muceta de doctor, i á donde tantas veces habian venido las jóvenes, con la cabeza coronada de flores, á oír los magníficos conciertos de la Sociedad Filarmónica. Oh! ¡cuán diverso estaba ahora, cuán triste i silencioso! En vez de las acordes armonias de Verdi i Donizetti, de Weber i Rosini, solo se oían los inciviles sarcasmos de los enemigos de los jesuitas i los suspiros de doscientos corazones que aguardaban, oscilando entre el temor i la esperanza, que llegase la hora tremenda del desengaño! Al fin, una sola i penetrante campanada les hizo saber que habia llegado ya.

En ese instante los jóvenes que se hallaban en el salon i otros que estaban en la calle, se precipitaron á la casa de Gobierno, ocupando la entrada, las escaleras i el corredor alto. Las Señoras pasaron lenta i ordenadamente por delante de ellos, con la dignidad de la virtud. El Ciudadano Presidente, que las esperaba á la puerta de la antesala, las saludó cortesmente, i quitándose el gorro fríjio que llevaba, las introdujo al salon dirijiéndoles unos pocos i urbanos cumplimientos: en seguida advirtiendo que los asientos que habia en la sala, no eran suficientes para las Señoras, les indicó que iba á mandar traer otros i poco rato despues regresó, sin llenar sus deseos. Los hombres que se habian quedado en la antesala le siguieron al salon; en donde unos, estrechando mas i mas el sitio que ocupaban las Señoras, aumentaban la sofocacion que producía el humo de la pastilla que habian quemado inmoderadamente en aquella pieza; otros, con los pies enlodados se pararon sobre los sofases de seda, i las Señoras quedaron en pié. El magistrado se paró fuera del solio presidencial, apoyado ligeramente en el ángulo de la mesa, sin duda á causa de su visible turbacion. La Señora que llevaba la palabra, se le acercó presen-

tándole el abultado memorial cubierto de razones i de firmas respetables, diciéndole:—Señor, he tenido la honra de ser escogida por las Señoras de la capital para poner en vuestras manos la presente solicitud; i espero que ella será decretada favorablemente. El magistrado pareció vacilar un momento i luego dijo: Supongo que esta representacion es sobre....Sobre jesuitas:—añadió la Señora—Las Señoras deben estar seguras, dijo él, que yo obraré siempre conforme á la constitucion, á las leyes i á la política.—Precisamente, Señor, es eso lo que os pedimos, contestó la Señora; i tened en cuenta la ansiedad en que se halla la poblacion i el grande bien que ella tiene en las instrucciones i consuelos que diariamente recibe de los PP. Jesuitas, i compadeciéndoos de tantas madres de familia pobres que, por una tan moderada cuota, logran que sus infelices hijos adquieran una buena educacion en los colegios de los Padres, decretad pronta i favorablemente nuestra solicitud.—El magistrado contestó diciendo:—Señoras, yo no soi Coriolano, i así yo no me dejaré seducir por las Señoras de Bogotá, como él se dejó vencer por las matronas romanas. Yo no soi perjuro, yo no me perjuraré jamas! (El salon resonó con los aplausos dados por los jóvenes á la firmeza del Presidente), i él, bajando un poco la voz continuó: Yo estoi entre la espada i la pared, porque los Senadores i Representantes me niegan las leyes de gastos i de pié de fuerza, sino expulsó á los Padres.—La Señora estaba enferma, i áun mas aflijida i disgustada, i saludando atentamente al magistrado que le tendió la mano al contestar su saludo, se retiró.

Las otras Señoras, no satisfechas con estas respuestas i ansiando una sola expresion que hiciese renacer sus esperanzas, permanecieron allí, i algunas de entre ellas se determinaron á dirigirle algunas palabras, á las cuales el magistrado contestó en estos ó semejantes términos.—Señoras, yo soi un hombre oscuro i sin precedentes que á favor de mis propios esfuerzos me he elevado al puesto que ocupo: ya no tengo ningunas ilusiones i mi ambicion está satisfecha.—Entónces fué interrumpido por una de aquellas virtuosas Señoras, esposa de un excelente ciudadano, (bien conocido por sus talentos i por su honradez), la cual como pariente suya, le hizo presente que él seria responsable ante Dios i los hombres de las consecuencias que tubiera su resolucion, i de los males que con ella sufriera la sociedad, si él expulsaba á los jesuitas, arrebatando á los padres i madres de familia el consuelo de ver los adelantos que en ese colejio (que merecia toda su confianza) hacian sus hijos.—A lo cual el Ciudadano Presidente contestó.—Los jesuitas son la bandera que el partido conservador ha tomado para hostilizar al Gobierno i la causa de que hoi estemos divididos, i aunque ellos fueran inocentes....Al llegar aquí, un grito de dolor, un grito unísono, que partia del corazon de todas i cada una de aquellas infortunadas madres, de todas i cada una de aquellas sensibles jóvenes resonó en el salon, diciendo: Son inocentes! i apretando sus blancas manos, repetian: ¡Son inocentes!!!....

Mientras duraban estos interrumpidos i mal ordenados diálogos

se veían asomar varias cabezas por detras del solio presidencial, que cual jénios maléficos, aparecían por algunos momentos de uno i otro lado, para escarnecer, para mofar, para irrespetar!... ¡ellos saben hasta donde! á aquellas hermosas Señoras, que se hallaban cerca. Esos eran enemigos de los jesuitas, como lo eran tambien todos los que parados sobre los asientos, cercaban el salon haciendo alarde de su incivilidad i descortesía; tan burlones é immoderados como los que, detras del solio, parecían los individuos de una guardia de reserva, prevenida contra los ataques de aquel ejército débil é inofensivo, compuesto de las respetables matronas de Bogotá, i de sus bellas é inocentes hijas. El escarnio llegaba á su colmo, cuando un caballero jóven, compadecido é indignado al ver i al oír tantos i tan descortesés ultrajes, se acercó al Ciudadano Presidente i le dijo:—Señor, he oído á algunos de esos jóvenes que se hallan al lado opuesto, que se preparan para injuriar á las Señoras á su salida, gritando “abajo jesuitas.” El Jefe del Estado contestó:—Supongo que esos jóvenes tienen buena educacion i no harán lo que U. dice; i dirijiéndose á las Señoras: No teman ustedes, les dijo, vengan ustedes conmigo, i tomando á una de ellas por la mano, las sacó hasta la puerta de la casa.

De este modo fueron despedidas las Señoras, sin que la oferta del majistrado que defendía á aquellos jóvenes de la acusacion que se les habia hecho, ni las lágrimas que aun rodaban por las frescas mejillas de las jóvenes, fueran suficientes para libertarlas de nuevos irrespetos, para evitarles la amargura de oír, mientras se retiraban, confusas i aflijidas, la algazara i los aplausos, con que esos mismos jóvenes, victoreaban la inexorable firmeza del Presidente.

Parece que esos hombres bárbaros se complacían en aumentar su dolor é indignacion, burlándose de su entusiasmo i de sus lágrimas: de ese entusiasmo que entre hombres civilizados, hubiera merecido grandes aplausos; i de esas lágrimas, que entre hombres humanos i bien educados, hubieran merecido por lo ménos compasion.

Ah! mas dichosas las matronas romanas en presencia de un hombre ofendido i ultrajado, que ardia en deseos de venganza, oyeron de sus lábios por respuesta á su laudable solicitud, estas palabras, que el traidor, ó mas bien el héroe jeneroso, dirijió á su madre: “Madre mia, salvas á Roma, pero pierdes á tu hijo.”—I así fué: Coriolano pereció á los golpes de las hachas sangrientas de los bárbaros sus aliados; pero retrocedió espantado, al ver el crimen á que ellos le empujaban: i perdonando á la ingrata Roma, quiso mas bien derramar su sangre, que hacer derramar lágrimas de los ojos de las romanas. Por esto su nombre se ha hecho célebre en la historia, i las mujeres de todas las naciones lo recuerdan siempre con gratitud i entusiasmo. ¡Bello ejemplo que hubiera podido seguir el Presidente Granadino, haciéndose acreedor al título de justo majistrado, i á la eterna gratitud de las jentes sensatas, ilustradas i virtuosas de la Nacion! Pero no lo siguió, no; porque era preciso para complacer á sus partidarios, desterrar á los inocentes, i pagar con las lágr-

mas de un pueblo entero, la gloria de ser el Presidente de un partido!!!

Las Señoras regresaron á sus hogares, llevando en su corazon una herida que no sanará jamas, un dolor que ellas no habian experimentado nunca, una indignacion que solo un débil rayo de esperanza podria suavizar por entónces; pero que durará mientras dure la memoria de los ultrajes recibidos, mientras resuenen en su alma las frias palabras que, por respuesta á su santa solicitud, recibieron el dia 9 de mayo, i mientras recuerden, que ese dia, fueron ellas vilmente burladas por una turba de jóvenes descorteses partidarios del primer majistrado i sus mas ardientes defensores: mientras recuerden cuan duramente fueron desatendidas ese dia, no ya por el déspota español á quien el pundonor, el deber i la lealtad que debiera á las órdenes de su soberano, le obligaran, tal vez, á ser bárbaro i cruel, sino por un Presidente constitucional, que habia jurado al subir á la silla presidencial, observar la constitucion, cumplir las leyes i llenar todos los deberes que le impusiera el alto puesto que iba á ocupar: por un majistrado que se precia de ser demócrata i tolerante, que se titula liberal, que se enorgullece con el dictado de Presidente de la Nacion. Sí! por un antiguo defensor de la independenciam fué que ellas se vieron desatendidas, fué que ellas se vieron despreciados su noble entusiasmo i sus amargas lágrimas!...

III.

LOS 8 DIAS SIGUIENTES.

Por todas partes me rodean mis enemigos: han cerrado sus entrañas á la compasion; engreidos con su poder insultan tambien mi flaqueza.—*Psal. XVI.*

Dias de inquietud, de ansiedad, de turbacion, de congoja, de momentáneas esperanzas, de oraciones interminables i de lágrimas sin número, fueron los dias que sucedieron al iufausito i memorable 9 de mayo. ¡Imposible sería, describir las infinitas sensaciones i tormentos, que en aquellos dias pesaron sobre el corazon de todos i cada uno de los habitantes de esta ciudad! Los enemigos de los jesuitas ostentaban con su aire de triunfo, todo el placer de su brutal i bárbara alegría; sus amigos, se veían inquietos, turbados i aflijidos; las mujeres (escepto unas pocas), llevaban sobre sus semblantes la palidez del dolor. Nadie, nadie se mostraba indiferente en la tremenda cuestion que ajitaba los ánimos, i que traía desvelados á los amigos i enemigos de los virtuosos Sacerdotes de la Compañía de Jesus. Las calles de la ciudad estaban llenas de mujeres de todas clases i edades—¿que hacian aquellas mujeres?—Lloraban; é iban i venian á los templos, á llorar en ellos, á presentar su dolor i sus oraciones al Padre de las luces, para que

iluminase á los altos mandatarios. El Eterno, sinembargo, parecia sordo á sus clamores. ¡Nada se decidia! ¡oh indecible i prolongado tormento! Eran las agonias de un moribundo i de su desgraciada familia; momentos de esperanza i horas amargas de postracion i desconsuelo. He ahí, lo que la poblacion entera de Bogotá sufría; he ahí, lo que sufrían sus infortunadas hijas. Los dias lentos i penosos se pasaban en incesantes preguntas, á las cuales se respondia—Se ha elevado al Poder Ejecutivo una representacion del Venerable Cabildo metropolitano. No se ha firmado aun el decreto. Se han elevado nuevas representaciones de todos los monasterios, de varios conventos, del Reverendo Arzobispo i de todo el clero secular, de varios Senadores i Representantes; de varios jenerales i sujetos respetables, todas ellas cubiertas de firmas. Han llegado nuevas solicitudes de las provincias. ¡Es imposible! El decreto no se dará. Se sabe que la palabra de honor del Presidente, está empeñada al Padre Gil i á otras personas, ofreciéndoles que durante su administracion, no serán expulsados los jesuitas. Los Padres de la Compañía permanecen tranquilos.....

He aquí las palabras que sin interrupcion se oían, para volver á oirlas i para repetir las despues. Así pasaban los dias i las noches, sin que hubiese ni un momento de descanso.

El dia 14 del mismo, la Señora que habia presentado al Presidente esa representacion de que antes se ha hablado, recibió un oficio, que por órden del Poder Ejecutivo, le dirigió el Secretario interino del Despacho de Gobierno, en contestacion á la solicitud de las Señoras, i en el cual se les ofrecia, que sobre aquella peticion, se decretaria bien pronto, consultando "*únicamente*" los mandatos del deber i el cuidado de los grandes intereses sociales, confiados á la lealtad i al patriotismo del Presidente de la República. Aquella comunicacion lo decia todo. ¡Ya no se consultaria la Constitucion, ni las leyes, ni la justicia, ni el honor nacional, ni el bien público—no, nada de eso se consultaria, sino "*únicamente*" los mandatos del deber.—¿I cuales eran esos mandatos? ¿Serían los mandatos de una camarilla frenética i amenazante?—¿i cual era ese deber oculto á los ojos de la mayoría intelijente i religiosa de la Nacion? ¿Sería un deber individual? ¿Sería un comprometimiento particular? ¿Sería el cumplimiento de una condicion, de un juramento prestado anteriormente?.....¡No lo sabemos! ¿I cuales eran esos grandes intereses sociales, que la constitucion no menciona i de los cuales debian cuidar los mandatarios?—¿Por ventura en esos grandes intereses sociales se encerraba la expulsion injustificable de los beneméritos Sacerdotes de la Compañía de Jesus? ¡Imposible era creerlo entónces apesar de ser tan claro i terminante el sentido de aquella comunicacion! ¡Imposible sería creerlo hoi, si todos nuestros sentidos no nos lo asegurasen. El desconsuelo i la congoja de las Señoras que vieron aquella comunicacion, se aumentó sin medida; i sinembargo, ¡ellas no podían persuadirse de que el atentado llegase á perpetrarse!

IV.

18 DE MAYO.

Desigualmente favorecidos los hombres por la fortuna, unos poseen grandes bienes, otros viven en la indigencia; pero todos conocen los transportes del amor paternal.

Eurípides.

Continuaron las lágrimas, continuaron los temores, i las Señoras esperando que la naturaleza i el amor paternal hablasen al corazón del primer magistrado, determinaron que sus hijas, aquellas que aun no habian salido de la infancia, interesasen á su favor á una niña, á una criaturita fresca i agraciada, hija del Ciudadano Presidente, i sin duda su amor i su embeleso, para que ella, en medio de sus inocentes caricias, pidiese á su padre que no deslustrase la gloria i los laureles de soldado de la independencia, ni el apellido que le habia dado, con la humillacion de constituirse en ejecutor de la bárbara pragmática del monarca español Carlos III.

En efecto, el sábado 18 de mayo, á las cuatro i media de la tarde, se presentaron en la Casa de Gobierno, presididas por sus directoras, mas de ochenta niñas vestidas de blanco, con sus hermosos cabellos perfumados i graciosamente distribuidos en grandes rizos. Cada una llevaba en la mano una de esas flores que tan hermosas i variadas son en nuestro bello país, i que tambien simbolizan la inocencia, la pureza, i la hermosura de la mujer en todas sus edades. Llevaban flores, porque ellas son las compañeras inseparables de la vida de la mujer, porque ellas les sirven de juguete en la infancia, con ellas adornan sus cabellos en la juventud, con ellas perfuman su aposento, con ellas embellecen sus domésticos altares, con ellas se cubre el féretro de la vírgen i la tumba querida de la madre. Sí; las flores son las compañeras inseparables de la vida de la mujer, desde el día en que es rejuvenecida por las aguas del bautismo, hasta el día en que es conducida al panteon. Para las Bogotanas solo un día ha existido sin flores, i ese día les fué aciago! ¡Fué el nueve de mayo! Por eso las niñas llevaban flores, para dejar á otra niña, un recuerdo que la hiciese pensar en ellas cuando se separasen; un recuerdo que la interesase en favorecer los deseos de las que, como una prenda de su gratitud, se las habian dejado.

Las Señoras que presidian á las niñas se habian hecho anunciar con anticipacion. Sin embargo de esto, cuando llegaron á la casa de Gobierno, se vieron precisadas á esperar largo tiempo, solas en una de las piezas de la casa. La Señorita á quien se dirijieron, á pesar de sus pocos años, asistia al banquete con que aquel día obsequiaba su padre á los Senadores i Representantes, que fuera de las sesiones, habian solicitado la expulsion de los jesuitas, por medio de una carta semi-oficial. Los mismos, sin duda

que podían negar al Presidente las leyes de que él había hablado á las Señoras; i por esta razon la Señorita no podia abandonar la mesa. Las Señoras toleraron pacientemente este contratiempo, hasta que concluyó el primer servicio, i la Señorita se presentó, acompañada de algunos de los convidados i de los oficiales de órdenes i de guardia.

Una de las niñas, se acercó á ella inmediatamente, le leyó en alta voz la peticion, i concluyó suplicándole que admitiese las lindas flores que cada una de las otras niñas le ofrecian i que favoreciese los deseos de todas, rogando á su Padre no dictase el decreto de la expulsion de los Padres Jesuitas. Tomando entónces la palabra una de las Señoras, le instó vivamente para que interpusiese sus respetos filiales, en favor de los Religiosos de la Compañía de Jesus; no tanto por complacerlas á ellas, quanto por contribuir al bien público i por añadir á sus bellas prendas, la gloria de haber abogado en favor de la justicia, desde los primeros i mas bellos dias de su existencia.

La inocente niña, sin duda mal aconsejada, contestó: que ella no tenia ningun influjo para con su Padre; á lo que la Señora le contradijo modestamente diciendole:—Señorita, eso no puede ser, porque una buena hija siempre tiene influjo sobre el corazón de un Padre.—La niña se ruborizó i contestó—Pues bien, yo entregaré á mi Padre la peticion de ustedes, junto con estas flores.—Las Señoras i las niñas la saludaron cariñosamente, i dándole las gracias por la mediacion que esperaban de ella, se retiraron acompañadas de los sujetos que habia en la sala, los cuales las condujeron cortesmente hasta la puerta.

Las Señoras i las niñas regresaron á sus casas; sin esperanzas, ni consuelos, es verdad, pero tambien sin ultrajes, sin indignacion en el alma i llevando en ella el consuelo de haber hecho una buena accion. Las niñas tal vez entónces no conocian todo su precio; mas tarde, cuando sean madres, lo conocerán i se darán los parabienes de haber enriquecido los primeros dias de su existencia, con un paso tan bello i tan laudable.

Se sabe que la niña, hija del Ciudadano Presidente, presentó á su Padre aquella tarde misma, la peticion de las niñas, i que él la dijo: que aquel pliego se agregaria á sus antecedentes al resolver sobre el asunto.

Oh! si aquella inocente criatura se interesó en favor de tan justa peticion; si tuvo, por lo menos, el deseo de favorecer con su empeño, la solicitud de aquellas que se habian dirijido á ella para que les alcanzase el bien, que tan ardientemente deseaban, ¡qué el cielo derrame sobre ella sus bendiciones, qué la preserve del dolor de pedir en vano justicia ó proteccion á los poderosos, i qué si algun dia, la mano de la desventura pesa sobre ella, encuentre corazones jenerosos que alivien sus pesares, i una mano bienhechora, que enjugue sus lágrimas! ¡Qué el Cielo le conceda un Esposo fiel, virtuoso i complaciente, qué Él le dé para sus hijos maestros intelijentes i virtuosos, que los dirijan por la senda del bien, i formen de ellos honrados ciudadanos, é hijos amantes i res-

petuosos, que sean la alegría de su juventud i la corona de gloria que adorne su frente en la ancianidad!!!

Se sabe tambien, que hasta aquella hora, el inieuo decreto no se habia firmado.....¡Se firmó poco despues! i era evidente que aquella desgraciada niña, no tenia influjo ninguno para con su Padre.....

V.

19 I 20 DE MAYO.

Aprended de mí que sei manso i humilde de corazon, i encontrareis reposo para vuestras almas.

(*San Mateo. Cap. 11.*)

Al otro dia por la mañana, ya la noticia se habia divulgado por la ciudad, i la alarma i el desconsuelo, crecia por momentos. Sin embargo, dieron las doce i el fatal decreto no se habia publicado en la Gaceta Oficial. A la una se publicó un bando de alistamiento en la milicia, i los temores volvieron á apoderarse de los corazones afijidos.

El 20 continuaron las mismas noticias, los mismos temores, las mismas inquietudes; pero aquel día los enemigos de la Religion i de los Jesuitas, se veían mas gozosos i altaneros que nunca, amenazando á las infelices mujeres que salian de los templos de ofrecer al cielo sus lágrimas i sus oraciones. Los Religiosos de la Compañía, los hombres perseguidos, sobre cuyas cabezas bramaba la tempestad, eran los únicos que conservaban la paz del corazon, sin que en sus semblantes se notase la menor alteracion, sin que de sus labios saliera una palabra de queja ni de enojo, sin que en sus santas i laboriosas costumbres, se advirtiese la menor mudanza; i mientras en la ciudad todo era bullicio, conmocion i lágrimas, en su casa todo era paz, silencio i quietud. Nadie al ver á esos evanjélicos Sacerdotes, en esos dias de turbacion i desconsuelo, tan pacíficos i tranquilos, llenando sus deberes de directores de la juventud, de maestros del pueblo, en la cátedra sagrada i en los confesonarios; nadie que los hubiese visto tan cuidadosos por los adelantos de sus discípulos i tan placenteros en el templo, preparándose para celebrar los devotos ejercicios del MES DE MARIA, adornando los altares i suspendiendo el brillante pabellon, debajo del cual habian de colocar la Santa Imájen de la Virgen; nadie, decimos, que los hubiera visto en su casa, ó en el templo, hubiera podido creer, que tenian noticia de lo que respecto de ellos pasaba fuera de su pacífica morada. Ah! era la paz que Jesucristo habia dejado á sus Apóstoles, la paz del corazon, no como la dá el mundo sino como la dá la gracia, la que reinaba en esas almas puras, resignadas i llenas de mansedumbre! Los hombres i las mujeres, que veían aquel espectáculo tan nuevo i tan radioso, no pudiendo

conciliar tanta paz, con tanto peligro, tanta mansedumbre, con tantas amenazas, volvian á sus hogares, mas tranquilos i menos temerosos, i se consolaban pensando, que el mal estaba distante, que habia deseos de hacerlo, pero no resolucion para ir tan lejos....

VI.

21 DE MAYO.

¡Vosotros quereis ser libres i no sabeis ser justos!—(Sieyes.)

¡Llegó por fin el 21 de mayo! ¡Dia de execracion i de eterna ignominia para este desgraciado pais! ¡Dia nefando, en que se hizo saber al mundo, que se habia despedazado nuestra constitucion, que se habian quebrantado sus leyes! ¡Dia en que se hizo saber que nuestros mandatarios habian abatido el pabellon nacional, para tremolar la bandera de los Reyes de Castilla! ¡Dia en que ellos se confesaron colonos de la España, para poder, como ella habia podido un siglo antes, perseguir á los inocentes; para poder como ella, ejecutar un acto de inaudita barbarie, sobre unos hombres pacíficos i virtuosos! ¡Dia horroroso, en que se hizo saber al pueblo, que se habian pisado los pactos solemnes de un Gobierno lejítimo, i se habian hollado los derechos i las garantías, que él en virtud de la constitucion i las leyes, habia concedido á los virtuosos Sacerdotes de la COMPAÑIA DE JESUS! ¡Dia de oprobio i de vergüenza, en que se arancó al hombre, como hombre, su libertad individual, por medio de un bando que prohibia la reunion de diez personas en parajes públicos; que prohibia hablar, que prohibia quejarse, que prohibia censurar lo que heria el pueblo, en sus mas caros intereses, bajo penas de arrestos i de multas! ¡Dia de escándalo, en que fué profanado el templo del Eterno, é injuriados, escarnecidos i maltratados dentro de él, sus ministros!!! Dia de horror, en que fueron holladas las lágrimas del pueblo, i escupido el rostro de las bogotanas, i llevadas con ignominia á una prision, porque lloraban!! ¡Dia en fin, en que se publicó el ominoso decreto de proscripcion, dictado en otro tiempo por un monarca absoluto, i adoptado en la Nueva Granada por un Gobierno *democrático, liberal, fraternal i tolerante!!!*....Sí; i ese dia de afrenta i de dolor, no será olvidado jamas. I si aun hoi, sobre las mejillas pálidas de la vírjen, se vé rodar una lágrima fujitiva; si en sus hermosos ojos, se vé pintado el desdén; si sobre la frente de la respetable matrona, se vé sentado el enojo de su alma; si en el seño de un hombre honrado, se descubre su profunda i noble indignacion, es que se acuerdan de ese dia, es que comprenden la iniquidad que encerró i lo maldicen en su corazon, es que piensan en los tormentos que en él sufrieron, en las lágrimas que en él derramaron i con las cuales mezclaron

su escaso alimento i bañaron sus lechos, es en fin, que recuerdan los horrores del 21 DE MAYO!!!.....De ese día, en que cada familia honrada, lloraba cual se llora el día de un gran pesar, i en que, mientras las desgraciadas matronas i sus infelices hijas, se entregaban á un dolor sin consuelo, los amigos de la casa i los que amaron por sus virtudes á esos hombres de paz, les ofrecian, cual se ofrece una mortaja al amigo difunto, unos pocos vestidos que no tenian i presentándoles algunos pequeños socorros, se apresuraban á darles las últimas pruebas de afecto, de amistad i de gratitud!!!

Llegó la noche. Las familias pacíficas, se retiraron á sus hogares, á llorar, i á pedir al cielo fuerzas i consuelos. Los Religiosos de la Compañía, á quienes desde las tres de la tarde se habia comunicado el decreto de su expulsion, i la órden de partir en el término de 48 horas, permanecian tranquilos, i continuaban sus tareas, sin desmayar en ellas. Sus enemigos, estaban inquietos i alarmados. El Colejio de San Bartolomé i las salas de la Universidad, que antiguamente formaban con el Colejio de Jesuitas un solo edificio, (hoi debilmente dividido por algunos tabiques i ventanas), se habian transformado aquel día en cuarteles, ocupados por los Representantes peticionarios de la expulsion, por algunos empleados, por algunos miembros de la Sociedad democrática, i por algunos estudiantes, á quienes sus superiores habian obligado á cambiar los libros por el fusil, la pistola ó el puñal de los asesinos. Sí, todos los habitantes de aquel edificio, unos voluntarios i otros contra su voluntad, estaban armados i prontos para atacar á sus pacíficos é indefensos vecinos. Estos desde sus humildes aposentos, oían una que otra palabra de compasion mezclada con la gritería, las amenazas, los insultos mas inciviles, i los frecuentes tiros de pistola con que turbaban su inocente reposo aquellos bárbaros, que no contentos con haber alcanzado la realizacion de sus deseos, envidiaban el sueño de los justos, i la paz que durante el silencio de la noche, buscaban tendidos en sus pobres lechos. ¡Sí; les envidiaron hasta su inocente descanso, i por eso se lo quitaron sin piedad, porque era preciso que la ferocidad de sus enemigos, llegase hasta ese punto!!!

VII.

22 DE MAYO.

El justo vivirá eternamente en la memoria de los hombres; i no temerá jamas, que le alcancen los tiros envenenados de la calumnia.—*Psal. CXI.*

Amaneció por fin el 22. Las infelices mujeres de la ciudad, las innumerables personas que tantos consuelos i beneficios habian recibido, durante seis años, de aquellos evanjélicos Secerdotes, salieron de sus casas i se encaminaron á aquel templo, testigo de los

innumerables bienes que de ellos habian recibido, en mas felices dias. Iban á implorar en su favor el socorro del Todo Poderoso, para que les diese fuerzas i resignacion, para que perdonase sus negligencias, i por un milagro apartase de ellas tan tremendo castigo. Iban á ver, quizá por la última vez, á sus virtuosos bienhechores, á los que tantas veces habian enjugado sus lágrimas, á los que habian tranquilizado su espíritu, á los que con tanta bondad habian enseñado á sus hijos, á los que habian acompañado en sus últimos momentos á sus deudos i amigos. Iban á hablarles por la última vez, á manifestarles su profunda gratitud i su inmenso dolor. ¡Infelices! ellas creían poder satisfacer sus inocentes deseos; pero no, sus enemigos no dormian; i con ellas entraron al templo santo; i delante de sus ojos, arrancaron con violencia las humildes i modestas cortinas de los confesonarios, i reventaron las chapas de sus puertecillas, i los Sacerdotes temiendo nuevos escándalos i nuevos ultrajes, se abstuvieron de sentarse en ellos, para darles sus últimos consejos, i su última i paternal bendicion. Sin embargo, salieron á celebrar el santo sacrificio, i á ofrecerlo por los perseguidores i las victimas. Oh! ¡cual fué la consternacion i el dolor de aquellas infelices mujeres, al volverlos á ver despues de tan terrible golpe! Sus gritos i sus ayes penetrantes resonaban por las bóvedas del inmenso templo; sus lágrimas bañaban sus pálidos rostros, i sus sollozos llegaron hasta el corazon de los pobres desterrados, que por primera vez los oían, sin poder ofrecerles un consuelo. Las niñas de las escuelas, las pobres mujeres del pueblo, las matronas respetables, las jóvenes hermosas, todas lloraban, i todas postradas sobre el duro pavimento, pedian al cielo misericordia; mientras que los Ministros del Señor, acongojados i oprimidos, dejaban caer sus lágrimas de dolor i de enternecimiento, sobre los blancos manteles del altar. Al concluir regresaban á la sacristía, enjugando las lágrimas que aun bañaban sus mejillas. Uno de ellos, el Padre Antonio Vicente, Sacerdote venerable, de fisonomía animada, cuya bondad i cuyo fervor eran admirables; despues de haber celebrado el santo sacrificio, durante el cual, habia oído los ayes i sollozos de los aflijidos asistentes, se volvió al pueblo, i lleno de gravedad, de modestia i de uncion, le exhortó, le animó, le consoló con sus santas palabras. Hermanos míos, les decia: “Resignaos i someteos voluntariamente á los decretos de la Divina
 “Providencia, no sea que vuestras quejas i vuestras lágrimas enojen
 “al Todo Poderoso. No; no os aflijais con ese dolor inmoderado:
 “acordaos que Dios es vuestro Padre i vuestro mejor amigo, i que él
 “no se vá: él se queda con vosotros, para aliviar vuestros males;
 “i si algun dia no teneis un director que os aconseje, un maestro
 “que os dirija, un amigo que os consuele, dirijlos á él, que él enju-
 “gará vuestras lágrimas, i encaminará vuestros pasos. Mirad: antes
 “que vosotros, nuestros parientes, nuestros amigos, i mil personas
 “mas nos han llorado; porque la Compañía de JESUS no tiene re-
 “sidencia fija: ella es como esas nubecillas que se ven en el cielo,
 “que ahora están aquí, i luego el viento las arroja léjos. Dios pues,

“nos lleva á otra parte: quizá en el lugar á donde nos lleva, podremos ser
 “mas útiles i necesarios que aquí. Consolaos pues, mis amados her-
 “manos, i acordaos de nuestros consejos; sufrid con resignacion las
 “adversidades, i acudid frecuentemente al SANTISIMO SACRAMENTO
 “para adorarle i para agradecerle el beneficio de haberse quedado
 “en la tierra, para nuestro consuelo hasta la consumacion de los
 siglos.”—¡El venerable Sacerdote calló, i apenas se sentian los débiles
 suspiros de la multitud! Mas cuando ya le perdieron de vista,
 cuando los últimos Sacerdotes concluyeron, i cuando todos regresaron
 á la sacristía, para no salir mas por aquella puerta, un grito uní-
 sono de dolor i de agonía, resonó por el templo, i aquella inconsolable
 multitud los siguió adentro, pidiéndoles á gritos una palabra de
 consuelo, i una última bendicion. Los aflijidos Sacerdotes, angustiados
 i llenos de pesar, no pudiendo resistir por mas tiempo tan dolorosas
 emociones, enfermos i debilitados por ellas, se retiraron á sus humildes
 aposentos, á buscar en su silencio i oscuridad, la paz i la tranquilidad
 para su espíritu.

Las mujeres que habian asistido aquella mañana al templo, regresaron á sus
 casas con los ojos hinchados de llorar; los ancianos referian sollozando,
 lo que habian visto, i los jóvenes, conmovidos, guardaban silencio, para
 no llorar tambien. Entretanto, un buen amigo de los Jesuitas, habia
 montado á caballo, i de casa en casa, iba recojiendo i anotando la cuota
 con que cada familia contribuía á prestar algunos auxilios á los buenos
 Religiosos, para sus mas urjentes necesidades.

Los artesanos de la ciudad, hombres honrados i laboriosos, que formaban
 la Congregacion de Artistas, establecida por los Religiosos de la Compañía;
 sus esposas, sus hijas, sus hermanas i parientes; toda esa multitud de
 jentes del pueblo, que les eran deudores de la paz que gozaban en el seno
 de sus familias, de los adelantos de su pobre fortuna, i de mil i mil beneficios
 mas, acudian llorando á la puerta de su colejio, á ofrecerles sus pequeños
 socorros, i sus copiosas lágrimas; sin lograr al fin, ni el consuelo de
 verlos, porque el tiempo que les restaba para sus arreglos, era corto i sus
 quehaceres muchos. Los sujetos mas notables de la ciudad entraban i
 salian sin cesar, enjugando sus lágrimas i envidiando la paz que reinaba
 en el corazón de los justos. Las madres de familia solicitaban sin
 descanso, por medio de sus esposos é hijos, el favor de una entrevista,
 de una despedida.

Hácia el medio dia, supieron que los Padres bajarían á las dos á recibir
 su visita. ¡Ah! Siempre buenos i siempre complacientes, accedieron á tan
 ardientes súplicas, sacrificando un tiempo que les era tan escaso i tan
 precioso; i solo exijieron de las Señoras que, por compasion á ellos,
 moderasen su dolor. En efecto, ellas enjugaron sus ojos, compusieron
 su semblante i con el corazón despedazado, salieron de sus casas, á dar
 ese adios tan triste, ese adios de despedida á sus mejores amigos, á sus
 venerables maestros i bienhechores.

Eran las dos de la tarde. Las Señoras estaban ya reunidas.

El Padre Visitador fué el primero que salió. Las saludó, quitándose el bonete é inclinándose suavemente, con aquella afabilidad i cortesanía, que tan bien sienta á sus cabellos blancos, á sus nobles miradas i á su venerable aspecto. Su vista sola fué un bálsamo saludable, con que calmaron los dolores de tantos corazones ulcerados, i sus palabras acompañadas de aquel acento tan puro, tan dulce i penetrante, fueron todas de consuelo i de esperanza, de resignacion i de paz. Unos pocos momentos fueron los que él permaneció allí; pero esos pocos momentos bastaron para volver la calma, i para derramar una gota de esa paz, que el cielo concede á los justos, sobre tantas almas atribuladas; unos pocos momentos, sí; pero momentos que nunca serán olvidados!

Inmediatamente despues se presentó el Padre Ministro, con la palidez sobre sus mejillas i la serenidad de los justos sobre su blanca i espaciosa frente; i despues de dirijirse á todas las Señoras, las consoló i las animó, diciéndoles: que acababan de hacer el último sacrificio en favor de los Bogotanos: que habian firmado una solicitud dirijida al Poder Ejecutivo, manifestándole, que su decreto de 18 de mayo seria cumplido por ellos, en su parte esencial, es decir, en cuanto á la extincion de los Jesuitas en la Nueva Granada; pero que una vez que el mismo decreto permitia á los Jesuitas granadinos de nacimiento, permanecer en la República, bajo la única condicion de no ser considerados como miembros de corporacion alguna religiosa, ellos se sometían á la misma condicion, i reclamaban, en calidad de extranjeros, el derecho de residir en el pais, derecho que les concedian las leyes de la República i los principios del derecho internacional. Que tambien prometian vivir sometidos á la Constitucion i á las leyes, como viven en la N. G. los Prusianos, los Austriacos i los Españoles, para de este modo, poder gozar de la amplia hospitalidad que las leyes conceden á los extranjeros i corresponder á las bondades de los Granadinos.

Aquella peticion pues, era justa, la favorecian las leyes del pais, i hasta el mismo decreto de 18 de mayo. ¿Por qué desconfiar?—No era posible, no, no era posible creer que fuese negada.....¡Qué momentos aquellos, de tanto consuelo i de tanta gratitud, para el corazon de tantas madres, de tantas esposas, de tantas hijas, que esperaban á costa de aquel sacrificio tremendo, no perder ya el tesoro que el cielo les habia concedido! Sus expresiones de gratitud se multiplicaron, i levantando sus manos al cielo, le pedian realizase sus esperanzas.

Poco tiempo despues, se presentó el Padre Fernández, i con la alegría pintada sobre su modesto i expresivo semblante, se dirijió á todas, les manifestó sus esperanzas i el consuelo que él i todos los Religiosos sentian, al haber dado con sus firmas i con su grande sacrificio, una prueba de gratitud al pueblo bogotano. Sus expresiones finas i delicadas, sus amenas ocurrencias i su acento siempre gracioso i cortésano, manifestaban bien, que estaba contento, i que esperaba un resultado feliz.

Al Padre Fernández siguió el Padre Garcia; el respetable mi-

sionero, que á pesar de su quebrantada salud, habia accedido á los deseos de mil i mil personas que deseaban verlo. Su semblante estaba pálido i enflaquecido, sobre su frente se veía la tranquilidad de su espíritu; pero en sus ojos se descubria, que las fuertes emociones, que habia recibido en aquellos dias, habian alterado en mucha parte su débil salud. El no estaba alegre: ni una sonrisa bagaba por sus labios, ni una esperanza habia en su corazon. Sus palabras correspondieron á sus pensamientos, i se esforzó en aconsejar la paciencia, la resignacion i el sufrimiento. Él como un padre moribundo, daba á sus hijos sus últimos consejos, sus últimas instrucciones; sin hablarles de un porvenir, mas feliz, ni de una larga existencia.....

Salió en fin, el Padre Gomila; Sacerdote prudente i experimentado, que unia á la gravedad de los años, una modesta i bella afabilidad. Este respetable Sacerdote se dirigió á una infinidad de mujeres pobres que llorando amargamente, recibieron los últimos consejos i las últimas lecciones, i aquella última i paternal bendicion, que les daba el Sacerdote, de quien tantos consuelos habian recibido antes. I luego, hablando con todas, las animaba i trataba de contener su llanto diciéndoles: Oh! no lloren ustedes así, Señoras, mucho mejor sería que ustedes cojiesen piedras para tirar nos con ellas, i que ustedes nos insultasen, que aflijirnos con una pena que no podemos remediar, con un llanto que no podemos enjugar. I despues para distraerlas, les hablaba de las muchas penalidades de su vida, de la ausencia de su país, de las ventajas de un viaje para su quebrantada salud; i así conseguia calmar un poco, tantas angustias i tantos tormentos.

La reunion habia crecido inmensamente. Allí se veían multitud de sujetos respetables, que llenos de admiracion por la virtud de aquellos Sacerdotes, i de compasion por sus esposas, por sus hijas i por todas las Señoras, enjugaban por momentos las lágrimas, que brotaban á su pesar de sus cansados ojos; multitud de Señoras de lo mas escojido de la sociedad, pálidas i temblorosas, con los semblantes demudados, i los ojos humedecidos por el llanto; i tambien algunos niños silenciosos i pensativos, que con sus miradas, trataban de indagar la causa de tanta agitacion. Algunas mujeres pobres, i varios artesanos se retiraban llorando, pero sin proferir una sola palabra de enojo, ni una expresion alarmante; porque aquellos venerables Sacerdotes, aquellos heróicos mártires, no la hubieran permitido. Ah! que ellos, á ejemplo del Salvador del mundo, solo pronunciaban palabras de mansedumbre i edificacion, i no pedian al cielo castigo para sus injustos perseguidores, sino perdon para todos.

Al fin pasaron aquellas horas de descanso, semejantes al sueño momentáneo que, despues de un gran pesar, viene á reanimar las fuerzas i á calmar los dolores del corazon. El ver á aquellos venerables i evanjélicos Sacerdotes, el oir sus elocuentes palabras i sus eficaces exhortaciones, el respirar ese aire de paz i profunda tranquilidad, que ellos difundian á su derredor, i el pensar que aun

quedaban algunas esperanzas, todo esto era un consuelo inefable, era alentar otra existencia, era respirar otro aire, un aire saludable, que solo allí podia respirarse, era renacer á una nueva vida, era dormir el sueño de la esperanza, en medio de un mar borrascoso. ¡Pero aquel sueño duró poco i fué preciso despertar!.....

El fin de aquel dia fué triste como el anterior. La noche fué igual, igual para todos, para las víctimas, i para los victimarios.

VIII.

23 DE MAYO.

¡Hasta cuando nos habeis de alimentar con el pan de nuestras lágrimas; i nos habeis de dar á beber con abundancia el agua que destila nuestro llanto?

Psal, LXXIX.

El 23 por la mañana no se abrió el templo hasta ya mui entrado el dia; i las jentes que iban á él, se volvian á sus casas llorando, ó iban á otros templos á ofrecer al Eterno el augusto sacrificio de los altares, por el acierto de los gobernantes en la resolucion de aquella tan interesante solicitud, por la tranquilidad pública, i por el remedio de sus aficciones.

Aquel dia por la mañana se decia en el público, que se habian concedido á los Padres dos dias mas para concluir sus arreglos, i que la solicitud habia sido negada. ¡Cómo! se decian todos. ¿Por qué ha sido negada? ¿En virtud de qué lei? Por qué autoridad soberana é inexorable, se niega á los Jesuitas lo que á nadie se puede negar en esta tierra, en este pais libre?.... A estas preguntas, todos se encojian de hombros, i nadie daba una respuesta satisfactoria.

Por la tarde volvieron los Padres á recibir á otras personas que aun no los habian visto. Ninguna respuesta se habia dado á su peticion, i ellos, conjeturando que seria negada, se empeñaron en dar consuelos i en exhortar á la resignacion i á la obediencia á las autoridades, á todas las personas que los visitaban. A todos encarecian, á todos suplicaban, no olvidaran sus consejos i pidieran á Dios por ellos. Al fin se despidieron, ofreciendo que al otro dia volverian á salir. Las Señoras se retiraron consoladas con esta esperanza. Sin duda era cierto que todavia les quedaban dos dias mas; i en estos dos dias... todo podria variar; por un milagro! pero este milagro aun era posible.

La calle que conducia al Colejio, estaba como el dia anterior, llena de jentes, que no pudiendo entrar á la habitacion de los Padres, dejaban en la puerta los pequeños socorros que les llevaban. En vano los jenerosos Sacerdotes rehusaban admitirlos; aquellas pobres jentes los dejaban ahí, i se volvian llorando á sus casas.

Ah! nadie se avergonzaba en aquellos dias de llorar, ni delante

de las jentes, ni en las calles públicas; porque esas lágrimas del corazón, producidas por un sentimiento de justicia i gratitud, no eran como las lágrimas criminales que hacen derramar las pasiones i que el pudor exige que se oculten á los ojos del mundo, sino lágrimas puras é inocentes, que el cielo no condenaba, que los hombres virtuosos aplaudian, i que solo esos hombres crueles, que no conocen la compasion, i que no han experimentado los sentimientos jenerosos de las almas puras i agradecidas, podrán calificar de vergonzosas i criminales.

I no eran solo unas pocas mujeres las que lloraban, no: eran los unjidos del Señor, las primeras i mas respetables dignidades de la Iglesia Granadina: eran los beneméritos soldados de la independencia, los bravos jenerales que no temblaron nunca delante del enemigo: eran los antiguos é ilustres majistrados de la Patria; i los ministros diplomáticos; i los hombres respetables; i las matronas virtuosas; las jóvenes honestas, los artesanos, las mujeres pobres, i los niños del Colejio i de la escuela que los Jesuitas dirijian. Si; todos lloraban del mismo modo; como se llora por un amigo perseguido, por un hermano desterrado, por un padre muerto.... i solo los bárbaros perseguidores de la virtud i la inocencia, solo los enemigos de los Sacerdotes de la COMPAÑIA DE JESUS, hubieran podido con ojos enjutos, ocuparse de las lágrimas ajenas, para acriminarlas i para calumniarlas, porque ellas eran una acusacion muda, pero expresiva i elocuente, de tan bárbara i tenaz persecusion.

Varios sujetos respetables acompañaron á los Padres hasta las ocho de las noche: hora en que les fué necesario retirarse. Todos se despidieron con la esperanza de volverlos á ver al dia siguiente: todos los dejaron, sin otros temores, que los que inspiraba la vecindad del Colejio i de las salas de la Universidad: los Relijiosos mismos al darles la mano, les dijeron un consolador: "Hasta mañana"..... Los profesores que debian encargarse de los niños i de los útiles del establecimiento, quedaron tambien emplazados para aquella entrega, hasta el dia siguiente.

Hácia la media noche, se oyeron algunos tiros i varios cohetes; mas como las noches anteriores se habian oido tambien, nadie lo extraño.



Despues, Señor, de haber puesto tanto cuidado en el cultivo de esta viña, ¿por qué rompisteis la cerca que la defendia? ¿por qué la habeis abandonado, i permitido que la vendimien, cuantas jentes pasan por el camino?—*Psal LXXIX.*

Por la mañana, bien temprano, varias mujeres que se dirijian al templo i algunos de los profesores que debian encargarse de los

niños, pasaron por el Colejio de los Padres. Mas; ¡cual fué su asombro i su dolor al ver sus ventanas abiertas de par en par....! ¡Al ver á los niños que dando penetrantes gritos, se arrojaban por unas cuerdas á la calle, para seguir, segun decian ellos, á sus queridos maestros, que ya no estaban allí, que se los habian llevado mientras ellos dormian!... Oh! las pobres mujeres lloraban, i acompañaban á los niños con sus dolorosos ayes. Los profesores entraron al Colejio i solo hallaron en él un Sacerdote Granadino, un coadjutor i dos ó tres jovencitos novicios, Granadinos tambien....

Aquel edificio, ocupado antes por unos hombres tan justos, tan pacíficos, tan amados de todos los que aman su religion, su patria i el porvenir de sus hijos, estaba desierto. Los niños bagaban de una parte para otra sin ocupacion, con los ojos hinchados de llorar, i buscando en vano los consuelos i las caricias de sus amados directores.....

Los aposentos de los Padres estaban solos: su pobre cama tendida todavia. En las paredes se veían aun, unas pobres i devotas estampas de la Virgen, de S. Ignacio i de otros Santos: una mesa ordinaria, una mala silla i un humilde reclinatorio, cuya tarima lustrosa por el uso manifestaba bien que no estaba allí por adorno, completaban los muebles de cada aposento; i una pobre sotana llena de remiendos, i un manteo raído i remendado tambien, ofrecian la muestra de las *comodidades i cuantiosas riquezas* de los que los habian habitado. Oh! todo lo que se veía en sus pobres i benditos aposentos, i todo lo que se encontraba en aquel vasto edificio, publicaba su austeridad i su absoluta i ejemplar pobreza.

Los hombres respetables que veían este cuadro de soledad i desolacion, se decian unos á otros: ¡Cómo ha sido esto? ¡No se habia concedido á los Padres una próroga para sus arreglos? ¡No estaba pendiente aun, la resolucíon de su solicitud? ¡Qué es esto por Dios! ¡Es un sueño?... No, decian otros, es una prueba de buena fé: es una muestra de la fórmula en que hoi se resuelven las justas solicitudes, i las cuestiones de *fraternidad i tolerancia*.....

En efecto; á las nueve de la noche anterior, habian recibido los Padres la órden de prepararse para salir pocas horas despues; i ellos siempre obedientes, siempre sumisos á las autoridades, ya no pensaron en buscar descanso sino en orar i disponerse á la partida.

A las dos de la mañana llegó el Sr. Gobernador, acompañado de algunos miembros de la sociedad democrática, todos armados; i sin tener en cuenta las vijilias anteriores de aquellos respetables Sacerdotes, ni la ancianidad de unos, ni las enfermedades de otros, les intimaron la órden de partir; i ellos pacientes i resignados, los siguieron en silencio con los brazos cruzados, á pié, hasta la salida de la ciudad.

¡Así fuéron expulsados esos hombres respetables i beneméritos, traídos á la N. G. por un Gobierno lejítimo, que les debia dar proteccion i garantías! ¡Así fuéron sacados violentamente en la mitad de la noche, del seno de un pueblo que los amaba cordial-

mente! ¡Así fuéron desterrados sin causa i sin forma de juicio, esos hombres benéficos, que durante seis años se habian desvelado por corresponder á la confianza de los padres de familia, que les habian entregado sus hijos: que durante seis años habian dado tantas pruebas de obediencia al Gobierno: que durante seis años habian establecido tan útiles congregaciones, habian enjugado tantas lágrimas, habian aliviado tantas miserias, habian acompañado á tantos aflijidos; sin que en el curso de ese tiempo, nadie, nadie hubiera podido acusarlos de un crimen, ni de una sola falta!— ¡Loor eterno á los Religiosos de la COMPAÑIA DE JESUS, i compasion á sus ciegos é injustos perseguidores!.....

A las ocho de la mañana se sabia en toda la ciudad, que los Jesuitas ya no estaban en ella: que se habia llevado á su fin el horrendo atentado; i que antes de decretarse su solicitud, habian sido arrancados de su habitacion. ¡Gran Dios!—¡Cómo expresar el dolor, la angustia i la desesperacion que se apoderó del corazon de todos sns amigos, de los que tanto los habian amado, porque habian comprendido sus grandes virtudes, sus estensos conocimientos i su incansable laboriosidad en el desempeño de sus obligaciones, ya como Sacerdotes, ya como preceptores de la juventud! ¡Cómo expresar el dolor de esas infelices mujeres, que tan ardientemente habian deseado su permanencia en el país, que habian levantado su voz para pedirla, i que en medio de su ansiedad habian dicho á los hombres: *Quedaos vosotros con vuestro poder, con vuestra fuerza, con vuestro dominio, con vuestras riquezas i placeres, con vuestra libertad é independenciam; pero dejadnos á nosotras, los únicos consuelos, que hemos hallado en la carrera de la vida. Dejadnos (en la triste dependencia en que la sociedad i la naturaleza nos han colocado), los auxiliares poderosos de nuestra Religion i de nuestro culto; porque ellos nos son necesarios, para poder someternos con placer á nuestro destino; para ser buenas esposas, sufridas, pacientes, económicas i laboriosas; para ser buenas madres, para ser buenas hijas, para ser buenas amigas; para poder contribuir con nuestro juicio, resignacion i humildad, á vuestra dicha.—La Religion sin el culto, i el culto sin la práctica de las virtudes que la Religion enseña, de nada serviria, ni para nosotras, ni para vosotros: no nos quiteis, pues, los directores que nos conducen á esa práctica. Vosotros, que no os ariais exigirnos que nos conformásemos con vuestro parecer, para la eleccion de un esposo, de un amigo, de un consejero, de un maestro, ni de un sirviente siquiera, ¿por qué intentais quitarnos los amigos, los consejeros que hemos escojido, para que conduzcan nuestro espíritu, nos ayuden á domar nuestras pasiones, nos encaminen á la perfeccion, i con ella á la felicidad eterna; ya que en la tierra ninguna hai para nosotras?—¿Por qué quereis violentar nuestras convicciones i nuestra voluntad, para que elijamos nuevos consejeros para nosotras, i nuevos maestros para nuestros hijos, vosotros que no os dejariais violentar, ni aun para la eleccion de un vestido, que no fuera de vuestro gusto?—¿Por*

qué vosotros, *idólatras de la libertad*, *quereis esclavizarnos hasta el punto de quitarnos la mezquina libertad de una elección, que no solo es ventajosa para nosotras, sino tambien para vosotros, para la sociedad entera?*—*Sed mas justos, sed tolerantes siquiera, i no abuseis de vuestra fuerza contra nuestra debilidad, de vuestro dominio contra nuestra dependencia, de vuestro poder, contra nuestra razon....* Ah! Esto les habian dicho ellas: esto les habian pedido....nada consiguieron! i en vano repetian esto mismo despues! Ya la injusticia se habia consumado! ya no habia remedio, ni esperanza! ya no les quedaba otro consuelo que el de entregarse á su dolor, i llorar como se llora el dia de la muerte de un padre idolatrado!!....mas no el dia de una muerte natural é inevitable, sino el dia de una muerte injusta, afrentosa i violenta, en que se une al dolor de la pérdida, el dolor de la injusticia, de la traicion i de los agravios! Sí! de ese modo se lloraba en cada casa, en cada familia—¡de ese modo lloraban las matronas de Bogotá, el 24 de mayo!!

Ah! para expresar cuanto, en aquel nefando dia, fué despedazado el sensible corazon de todas i cada una de aquellas desgraciadas matronas, era necesario comprender, como ellas comprendian, el valor de aquel bien que habian perdido, i la injusticia i crueldad con que se les habia arrebatado: era necesario sentir, como ellas sentian, la injusticia que contra ellas se habia cometido, i la injusticia é iniquidad que se habia perpetrado contra esos virtuosos extranjeros i contra la sociedad entera: era necesario amar, como ellas amaban, su Santa Religión, que habia sido ultrajada en sus ministros, i privada de unos obreros tan laboriosos é intelijentes; amar, como ellas amaban á su Patria, que habia perdido en ellos, su mejor instrumento de moralizacion, i amar, como ellas amaban á sus hijos, que lloraban sin consuelo, al verse despojados de sus mejores i mas jenerosos maestros: era necesario, desirar, como ellas deliraban, con el porvenir de esos mismos hijos; entregados tal vez mañana en manos de hombres corrompidos, que odian la virtud, la religion, la moral, i se esfuerzan en arrancar del corazon sensible é inexperto de la juventud, las semillas de la sana moral: era necesario, en fin, vivir, como ellas habian vivido, encantadas con la dulce esperanza de tener un dia en sus hijos, hombres como Chateaubriand, Bálmes, Montalembert, Donoso Cortés, &c., i de repente, á la voz i por la voluntad de una pandilla de hombres ignorantes é irreligiosos, ver destruidas sus mas bellas esperanzas, sus mejores ensueños. Sí: era necesario, haber recibido con el corazon de la mujer, con ese corazon, tan noble, tan jeneroso, tan tierno i agradecido, esa lluvia incesante de consuelos i beneficios, que durante seis años les habian prodigado á ellas i á la sociedad entera, los venerables Sacerdotes de la COMPAÑIA DE JESUS, para comprender, para expresar, lo que ellas sentian, lo que ellas deploraban!.....

Oh! que para hacer justicia al dolor de las matronas de Bogotá, en aquellos luctuosos dias, no basta, no, lo que se ha dicho ya;

porque era necesario, no haber olvidado ni uno solo de los beneficios, que todos i cada uno de los Sacerdotes de la COMPAÑIA DE JESUS, habian derramado sobre los habitantes de esta ciudad, de esta provincia, de las provincias de Antioquia, Popayan i Pasto, en la Catedral Sagrada, en el confesonario, al lado de los moribundos, en las casas de duelo, en los hospitales, en las calles de la ciudad, en los templos, en las congregaciones que establecieron, en los dias de una mision, de una cuaresma, de un mes de Maria, en los colejos que dirijian, en los templos que levantaban, en los desiertos del Putumayo, en todas partes, en fin, i en todos los dias de su permanencia en la República. Ah! nada de esto habian olvidado ellas, i por eso lloraban con ese llanto, cuya amargura solo ellas han sentido i solo Dios puede aliviar.



PARTE SEGUNDA.

RECUERDOS DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

I.

LOS SACERDOTES.

El fin de nuestra Compañía es, no solamente la santificación particular de los miembros que la componen, sino tambien la perfeccion relijiosa i la salvacion del prójimo.

San Ignacio lib. Sum. de las constituciones, números 2.º i 3.º

El pueblo de Bogotá, i particularmente las Señoras de la Capital, que habian seguido á esos venerables Sacerdotes en sus tareas apostólicas (no con el espíritu indiferente i distraido de un hombre dichoso, á quien la naturaleza i la sociedad no se cansan de favorecer, sino con el espíritu aflijido, paciente i fervoroso de una mujer, para quien los consuelos i las prácticas de la Relijion son sus unicos placeres i su primera i mas urgente necesidad), los recordarán siempre con gratitud i entusiasmo; i mientras vivan, llorarán su pérdida.

Habia entre ellos un venerable Jesuita de cabellos blancos, de téz lijeramente pálida, de semblante majestuoso; en cuyos ojos expresivos i miradas nobles i penetrantes, brillaba su elevada inteligencia; en cuyos modales esquisitamente cortesanos, se descubrian su esmerada educacion, su elevado nacimiento i su grande virtud. Oh! era necesario haberle visto i haberle oído, cuando lleno de dignidad, se presentaba en la Cátedra Sagrada, i con su voz dulce, sonora i arjentina, dirijía al pueblo, que atónito le escuchaba, aquellos bellisimos discursos, tan llenos de unción, de sencillez i de apostólica elocuencia, sobre el amor de Dios, sobre el amor del prójimo, sobre la resignacion en los trabajos i el perdon de los enemigos: haber oído de sus labios un *Salvum fac populum tuum Domine* el primer dia del año, pidiendo á Dios con todo el ardor de su corazon, las mas grandes bendiciones para los majistrados, para sus oyentes, para sus perseguidores, i para el pueblo entero. Sí! era necesario haberle visto i haberle oído, para comprender, cuanto merecia la estimacion i el afecto de sus oyentes el respetable Padre Visitador *Manuel Gil*: ese venerable Sacerdote, á quien la

corona de los Reyes colocada sobre sus blancas cienes, no podría añadir á su noble presencia, ni un átomo mas de nobleza i dignidad.

Mas para conocer su celo, su virtud i su ardiente caridad, no bastaba haberle oído en la Cátedra Sagrada; era necesario haberle oído, siendo una de esas viudas infelices, una de esas mujeres necesitadas, que con el corazon despedazado por mil tribulaciones i dolores inherentes á su condicion, habian ido tantas veces, á buscar junto á la humilde reja de su confesonario, las paz i la resignacion. Sí; era necesario haberle oído entónces, i como ellas, haber recibido del venerable Sacerdote el alivio de las ocultas dolencias de su espíritu, en los consuelos que con el mas sincero i caritativo empeño, él les brindaba, para comprender de donde nacia la gratitud, de donde brotaron despues el dia de su expulsion, las amargas lágrimas que bañaban las mejillas de tantas pobres i desconsoladas mujeres!.....

I era necesario mas. Era necesario ser jóven, i con la mente llena de ilusiones, i con el corazon henchido de vanidades, i con el alma sedienta de deseos insaciables de felicidad, haberse hincado un dia en la humilde grada de otro de esos confesonarios; en donde detras de una modesta cortina, estaba sentado, otro de aquellos virtuosos Sacerdotes, que apenas entraba en la edad viril; de maneras cultas, de sonrisa modesta, de expresion ardiente i animada, de corazon sensible i lleno de caridad: i allí, bajo aquel sijilo solemne, haberle descubierto las ulceradas llagas del corazon; i allí haber recibido de él, con aquella santa dulzura que viene de Dios, con aquella persuacion evanjélica que da la gracia del Señor, la paz, la verdad, i el consuelo: i era necesario tambien, haberse levantado de allí, como ella se habia levantado tantas veces, con el alma transformada, con el corazon satisfecho, con la mente inflamada por otros pensamientos, por pensamientos i deseos santos, nobles, hermosos i elevados; i era necesario con el espíritu tranquilo, haber ido como ella, á postrarse despues ante el altar, á dar gracias al Todo Poderoso, por el beneficio que acababa de recibir, i á pedirle, que derramase una lluvia incesante de consuelos i bendiciones, sobre la cabeza del Padre *Manuel Fernandez*: i mas tarde, con la sonrisa en los labios, haber regresado al hogar doméstico, á dar ejemplos, no ya de vanidad i de locura, sino de juicio, de modestia i de virtud, para comprender lo que valia para una alma cristiana, aquel ilustrado director de las conciencias; i para saber, cual era la pérdida que con tanta amargura se lloraba.

I si su elocuencia, i su evanjélica persuacion, eran tan admirables, en el confesonario, no lo eran ménos en la Catedra Sagrada, cuando dirijia al pueblo aquellos innumerables i bellísimos discursos; á cuya enerjía, á cuyo fuego, á cuya fuerza, nada se resistia. Porque él por medio de su palabra, tenia el don de conducir á sus oyentes hasta la morada de los ánjeles, á escuchar los conciertos celestiales; lo mismo que lo tenia, para arrastrarlos hasta

lo mas profundo de los abismos, á contemplar la desgracia de los réprobos. Él, hacia llorar á sus oyentes al pié de la cruz con el llanto de Magdalena; i los hacia temblar tambien, junto al lecho de un moribundo impenitente. Unas veces encendia en los corazones tibios el sagrado fuego del amor de Dios, otras veces hacia nacer en ellos el horror al pecado; i mientras él hablaba en ese magnífico templo, lleno hasta sus dinteles de un numeroso auditorio, no se oía fuera de su voz, ni aun la respiracion de sus oyentes. Tal era el encanto i la admiracion que producian sus elocuentes discursos, coronados siempre con el arrepentimiento i conversion de innumerables pecadores. Oh! ¡Dios bendiga siempre sus apostólicos trabajos, i eternamente los recompense en el cielo!

Mas no es esto todo. Es necesario recordar tambien, á otro de aquellos Sacerdotes, venerable á pesar de sus pocos años; cuyos modales severos i recatados, revelaban su grande virtud; cuyo semblante sereno, dejaba entrever la paz de su alma; cuya frente espaciosa anunciaba su profunda instruccion; cuyo aspecto majestuoso, daba una muestra de la dignidad i nobleza de los justos; cuya cabeza, parecia ya adornada con la aureola de los Santos, i cuyas miradas castas i llenas de mansedumbre, hacian pensar en las miradas purísimas de los ángeles. Sí; tal era su presencia; pero recordemos tambien las innumerables conferencias doctrinales, con que ese ilustrado Sacerdote, ese apóstol infatigable, ese ilustre misionero, instruía sin cesar desde la tribuna santa al pueblo Bogotano, en sus deberes hácia Dios, hácia la sociedad, hácia la familia, i hácia sí mismo. Aquellas conferencias, admirables por su sencillez evangélica, estaban al alcance de todos, hasta de los mas rudos é ignorantes; i en ellas, el hombre ilustrado, la mujer piadosa, el humilde labriego i toda suerte de personas, encontraban un tesoro inmenso de conocimientos, sobre la Doctrina Santa de Jesucristo i de su Iglesia. Aquellas conferencias tan severas, como la doctrina que enseñaban; tan graves, como los escritos de los Santos Padres que en ellas se citaban; tan sencillas, como el evangelio que explicaban; eran la antorcha luminosa que encaminaba al pueblo al conocimiento de sus deberes i á la práctica de la virtud. I es preciso pensar mucho en la necesidad que el pueblo tiene de esta clase de instrucciones, i en la necesidad que de ellas tienen, en las familias, los hijos i los domésticos, para comprender el pesar de una madre de familia laboriosa i cristiana, al sentir el soplo del huracan que iba á apagar la brillante antorcha, que servía de faro á la navecilla de que ella era el desgraciado piloto. I para comprender esto mejor, era necesario haber experimentado las amarguras de una conciencia tímida i escrupulosa, los cuidados i temores de una madre católica, las dudas de un espíritu débil i enfermiso, los pesares de una mujer desgraciada; i con todo este cúmulo de aficciones, haber ido á pedir consuelos i remedios, á ese mismo Sacerdote, que desde los primeros albos del día, iba á sentarse en un confesonario, para

aliviar, para dirigir i para enseñar á todos los que buscaban su doctrina i sus consuelos: i allí, haber recibido de él todos los consejos, todas las instrucciones que necesitaba para conservar la paz del corazon, i para llevar alegre i constantemente el yugo del Señor; i era necesario haber continuado recibiendo estos mismos favores, durante seis años, i haber conocido, durante este tiempo, todo el valor de sus inmensos conocimientos, de su incomparable prudencia, de su asombrosa penetracion, i de esa ardentísima i laboriosa caridad que sin cesar abrazaba su noble i jeneroso corazon, para sentir, lo que sentia esa pobre mujer, al ver perseguido i desterrado á su venerable maestro; para llorar, como ella lloraba, su propia desgracia, la horfandad en que queba su espíritu, i la pérdida, que en aquel ilustrado Sacerdote, hacian mil i mil mujeres atribuladas, i mil i mil familias virtuosas. Si; porque él era el amigo fiel i prudente que Dios habia puesto en el camino de la vida de una infinidad de personas desgraciadas, para aliviar sus pesares: él era el que hacia reinar el orden en las familias, i la paz i el amor en los matrimonios: él era el que guiaba la borrascosa juventud i la tímida ancianidad al puerto de salud: él era el sabio i vijilante pastor, que habia traído tantas ovejas al rebaño, que habia calmado tantos pesares, que habia enjugado tantas lágrimas, cuantas son las que ahora se han vertido por él i acaso mas; él era en fin, el venerable Padre *Pedro Garcia, de la Compañia de Jesus*; cuyo nombre vivirá siempre en la memoria i el corazon de los Bogotanos.

Habia tambien entre los Relijiosos de la COMPAÑIA DE JESUS un Sacerdote, en cuyo rostro se traslucian las fuerzas de la edad viril, al travez de las huellas de una austera penitencia, i de una salud quebrantada por los ayunos i las continuas vijilias. Sobre su blanca i espaciosa frente brillaba la tranquilidad de su espíritu, i en su mirada serena i penetrante, se descubria el celo que abrazaba su recto corazon i el empeño que tenia en evitar todo irrespeto á la Divinidad, en el lugar Santo. Su aspecto era noble, su andar reposado, i en todos sus movimientos se traslucian, su profundísima humildad i su rara prudencia. Cuando la madre de un mal hijo, ó la esposa de un hombre duro, cruel i libertino, veían aumentar sus sufrimientos con nuevos pesares i dolores; entonces, con el corazon henchido de amargas, con el alma abrumada de tormentos, con los ojos inundados en lágrimas, volaban á la reja del confesonario de aquel venerable Sacerdote: i allí, le descubrian los amargos dolores de su vida, junto con las inseparables faltas de la humanidad; i en el instante que el Sacerdote empezaba á hablar, ellas recobraban la paz i adquirian las fuerzas necesarias para perdonar i para continuar su penosa carrera; i al levantarse de la humilde grada, llevaban en su corazon un tesoro inmenso de mansedumbre i resignacion. Con esas armas iban despues á emprender la conquista del hijo ó del esposo extraviado,

i con esas armas la conseguian; i ellos eran despues la alegría de sus años; i ellos hacian despues la dicha de su vida. He aqui el secreto de la gratitud, i de las amargas lágrimas de esas infelices mujeres, al perder á su mejor amigo i consejero, á su caritativo director, á aquel á quien debian la paz que disfrutaban en el seno de su familia, al *P. Ignacio Vicente Assensi*.

Oh! los beneficios que los PP. Jesuitas hacian en el confesonario i en la Cátedra Sagrada, no se pueden enumerar; porque para hacerlo, seria necesario tener un conocimiento exacto, de todos los dolores, de todos los pesares, de todas las amarguras, de todas las miserias, que sufrían todas i cada una de esas madres infelices, de esas viudas desgraciadas, de esas pobres indijentes, de esas jóvenes honestas, acosadas por el hambre, i seducidas por los encantos de la riqueza, ó por las frivolidades de la vanidad mundana, que encontraron consejos eficaces, exhortaciones prudentes, consuelos imponderables, paciencia, conformidad i resignacion, al traves de cada una de esas pequeñas celosias de ojalata; ya por la voz animada, dulce, persuasiva i consoladora, del *Padre Gil*; ya por las exhortaciones prudentes, caritativas i eficaces, del *Padre Saurí*; de este venerable Sacerdote que llevaba impresa sobre su blanca frente la mansedumbre i serenidad de su elevado espíritu; ya por la apostólica sencillez i la noble dulzura de los consejos i advertencias del fervoroso siervo de la madre de Dios el ilustrado *Padre Gomila*; ya por las palabras fervorosas i persuasivas que, como un torrente de fuego, brotaban los labios de aquel varon apostólico, de frente blanca i espaciosa, de cabellos plateados, i fisonomía noble i expresiva, el laborioso director de la Congregacion de artistas, el *Padre Antonio Vicente*; i ya en fin, por las palabras de todos i cada uno, de esos evanjélicos Sacerdotes, cuyos corazones eran hornos encendidos, con el fuego del amor Divino, i fuentes inagotables de caridad, de paciencia, de dulzura i de bondad.

Oh! difícil es, mui difícil, seguir las huellas de todos i cada uno de esos evanjélicos Sacerdotes, i enumerar todos los beneficios recibidos de esos ilustres hijos de Ignacio de Loyola, para poder decir á todos i cada uno de los que preguntaban en el mes de mayo: ¿Por que lloran esas mujeres?—He aquí por qué lloraban ellas: i ved, que por recompensa de tantos beneficios, ellas, esa multitud de mujeres desgraciadas, no pudieron ofrecer á sus ilustres i proscritos bienhechores otra cosa, que sus amargas, abundantes i puras lágrimas de gratitud.

Sí: pero sigamos adelante i recordemos siquiera algunas de las benéficas prácticas i santos ejercicios de devocion, que ellos establecieron i fomentaron.

Este pequeño cuadro podrá servir de respuesta á la misma pregunta—¿Por qué lloraban esas mujeres?—Ved aquí por qué lloraban ellas, ved aquí por qué lloran todavia.

II.

EL EJEMPLO.

La devocion de Maria se liga á la historia del mundo, i se vé cada nacion á su vez, i todas juntas, implorar su poderosa proteccion.

El Visconde Walsh.

Llámanse *El Ejemplo* un ejercicio devoto que practicaban los PP. de la COMPAÑIA DE JESUS, i tenia por objeto honrar á la Santísima Virjen todos los sábados del año, (escepto en las vacaciones). Se daba principio á este devoto ejercicio con unas pocas oraciones vocales, i despues de estas entonaban los niños aquel himno bellissimo, que empezaba con estas palabras—“*De nuevo aquí nos tienes, purísima doncella.*” En seguida uno de los Religiosos pronunciaba un pequeño discurso, el cual concluía con la relacion de algun suceso auténtico, que demostraba el amor i la proteccion que la Santísima Virjen concede á sus devotos; de donde este ejercicio habia tomado el nombre de *El Ejemplo*. La funcion finalizaba con el solemne i devoto canto de las letanias, i con la santa bendicion dada al pueblo con las reliquias de la Santísima Virjen.

Muchas veces asistimos á esos devotos ejercicios, i muchas veces tuvimos la dicha de oír en ellos, los discursos del ilustrado catedrático de fisica, del modesto Jesuita, del *Reverendo Padre Ignacio Gomila*. Aquel respetable Sacerdote con su noble i grave fisonomía, con su sotana negra, su manteo i su bonete; de pie en la Cátedra Sagrada, con su voz naturalmente clara, llena i sonora, era mas bien que un ruidoso orador, un maestro que enseñaba al pueblo la doctrina santa del cristianismo. Sus discursos eran sencillos, claros, precisos é insinuantes; i se adaptaban perfectamente á la comprension i á las necesidades espirituales de su pobre i pequeño auditorio. Él para enseñar, para dirigir, para obligar á sus oyentes á desear de buena fé la correccion de tal falta, la adquisicion de tal virtud, la ejecucion de tal propósito, no necesitaba de otra cosa que de mover sus labios i el cielo bendecia sus palabras i derramaba sobre ellas su divina uncion; i el pueblo que las escuchaba, las recibía cordialmente, i no las olvidaba jamas. Porque si era grande el saber del Venerable Jesuita en su cátedra i en su elavoratorio, mas grande era su divina uncion en la Cátedra Sagrada; i si era grande su empeño en los adelantos de sus jóvenes discípulos, mas grande era su celo i su caridad para evangelizar al pueblo. ¡Gratitud eterna á este apostólico Sacerdote, que para descansar de sus graves i profundos estudios, iba al fin de cada semana, á rendir públicamente sus homenajes á la Madre de Nuestro Divino Redentor, enseñándonos á amarla, á servirla i á obsequiarla!

Tambien vimos varios sábados del año, subir á la Cátedra Sagrada á un Sacerdote jóven, apenas salido de la adolescencia. En su noble i serena frente, brillaba el candor de una alma virjinal; en

sus mejillas lijeramente sonrosadas, se veía sentado el pudor; en sus ojos modestos i recatados, se descubria la castidad anjelica de su corazon; i su andar majestuoso i reposado, dejaba entrever la profundísima humildad de su espíritu. Tal era el *Padre Luis Amoros*, cuyos discursos oímos muchas veces. Ah! esos discursos que penetrando por los oídos de sus oyentes, llegaban sin dificultad al fondo de los corazones; esos discursos tan gratos como el aroma de las flores; tan sencillos, como la sonrisa de un niño; tan armoniosos, como el canto de las aves, al brillar la mañana; tan elocuentes i persuasivos, como el acento de la verdad sobre los labios de la inocencia, eran un modelo completo de la sencillez apostólica, que siempre debieran buscar los oradores cristianos, i de la santa elocuencia, que solo tiene por objeto la reforma de las costumbres i la salud de las almas. Si; tales eran los discursos de ese jóven Sacerdote, imitador sin duda de un Luis Gonzaga ó de un Estanislao de Koska. Ah! ¡Dios bendiga sus santos deseos, i pueda un dia la Iglesia Católica, contarle á él i á todos sus hermanos en el número de sus Santos!

III.

LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO.

Los ejercicios, mejor que todos los métodos filantrópicos; harán comprender á los ricos, las miserias de sus semejantes, i la caridad se hará efectiva; á los pobres su dependencia unida á su dignidad, i su valor se reanimará; á los padres la importancia de su posicion; á los hijos el respeto que deben á sus padres, i á los esposos la necesidad de la fidelidad conyugal. ¿Habrá quien ose vituperar estos efectos?

M. J. A. Membre de l'Université.

Hai sensaciones en el corazon humano, dulces i tristes á la vez, incomprendibles casi siempre. Una de esas sensaciones es la que se experimenta al entrar al aposento en que ha vivido un padre, un hermano, un amigo querido, que se ha ausentado de nosotros; la que se experimenta al ver vacía la silla que antes ocupaba, desierto su aposento i empolvados sus libros i sus papeles. Muchas veces al contemplar estos objetos, recordamos sus palabras, resuena en nuestros oídos su acento, i nos parece que le vemos; i á pesar de que casi siempre lloramos al recibir estas impresiones, nos son gratas i las buscamos con ansia. Por esto, pues, nosotros queremos llevar á nuestros lectores mas adelante, hacerlos entrar al templo i recordarles una mision dada por esos insignes Sacerdotes. ¡Ojalá que estos recuerdos no dejen desfallecer nunca nuestra gratitud, nuestro afecto, nuestra sincera adhesion á la **COMPañIA DE JESUS!**

Una mision eran nueve dias de ejercicios piadosos á que asistia gran parte de la poblacion. Estos dias los consagraban las almas

piadosas al retiro, á la penitencia, á la oracion i meditacion de las verdades eternas. Con estas prácticas, se conducia insensiblemente al alma de cada uno de los asistentes, al conocimiento de sí mismo: con ellas, se le recordaba su único fin, que es Dios; se le hacia aborrecer el único mal que le separa de él, que es el pecado; se le hacia temer la muerte del pecador, el juicio de Dios i los castigos eternos; con ellas, se le enseñaba á amar á Dios por sus bondades i perfecciones infinitas i se le animaba á emprender la conquista del reino del Cielo por la práctica de las santas doctrinas del evangelio.

A la leccion, á la meditacion, á las oraciones vocales, se seguian las instrucciones doctrinales i los discursos morales. Unas veces se oian los sonoros ecos de la argentina i suavísima voz del *Padre Gil*, que con su noble sencillez, con su elocuencia apostólica, con su bellísima expresion pintaba la paz de los justos, esa paz que reinaba en su alma, i el amor de Dios, ese amor de Dios cuyas llamas abrasaban su corazon i reflejaban en sus ojos; otras veces esa misma voz describía la felicidad de los bienaventurados, que consiste en la posesion de Dios, en la ausencia de todo mal, en la vista de María, en la compañía de los Santos: i cuando el venerable Sacerdote hablaba de estas cosas, era preciso para comprenderlas mejor, fijar los ojos en la animada i suavísima expresion de su respetable semblante i no perder el mas ligero acento de su voz; que semejante al blando i prolongado murmullo de la fuente del desierto, encerraba inimitables é infinitas armonías.

Allí tambien se oía la voz sonora i animada del *Padre Fernandez*; i el tímido acento del *Padre Amorós*; i las graves explicaciones del *Padre Garcia*, i las sencillas instrucciones del *Padre Gomila*. Allí se veian los ardientes transportes del *Padre Antonio Vicente*, i se oían sus fervorosos coloquios, sus persuasivas amonestaciones sus hermosos símiles: allí se le oía decir, enmedio de sus brillantes arrebatos de amor de Dios, estas hermosas palabras: "*Hermanos míos, una pluma enfangada no vuela.*" Oh! i que bien expresa este bellissimo simil, cuanto nos es necesario desprendernos del lodo terrenal para llegarnos á Dios.

Allí se oía tambien la voz dulce, modesta i lijeramente apagada del *Padre Assensi*, enseñando á la multitud ignorante los primeros rudimentos de la ciencia de los Santos; con tal claridad i precision, que nada dejaba que desear. Cuando él, hablaba de las dulzuras de una vida honesta i arreglada; del peligro de los pasatiempos mundanos; de la paz de la buena conciencia; de la verdadera devocion; de la felicidad del cristiano; de las dulzuras de la penitencia; de los encantos de la oracion, facilmente se comprendia que él habia experimentado, que él habia sentido, que él habia disfrutado de aquella felicidad, de aquellas dulzuras, de aquellos encantos, de que hablaba con tanta propiedad i con tanta persuasion. Los consejos i las amonestaciones, que él i todos sus hermanos nos daban i nos hacian, con su lenguaje puro i correcto, apoyadas con su palabra i con su ejemplo, eran irresistibles i quedaban indeleblemente gravadas en el alma de sus oyentes. Ah! la ciencia de los Santos es

una ciencia, que solo la dá Dios; i la elocuencia sagrada, no se aprende como la profana, en el estudio de los libros filosóficos i científicos de los literatos i oradores, sino en el libro eterno de la inspiracion divina, en la oscuridad de una humilde celdilla, postrado en uno de esos pobres i benditos reclinatorios, inculcando en el espíritu la persuacion de las verdades santas que se van á enseñar, i aumentando en el corazon el deseo eficaz de practicar los sublimes consejos del evangelio i las santas virtudes que se desean sembrar en el alma de los oyentes. Así era que los hijos de San Ignacio aprendian sus elocuentes discursos: en la oracion era que el espíritu de Dios bajaba á inspirárselos: en ella era que el cielo les comunicaba esa fuerza irresistible, esa persuacion inimitable, que tantos i tan abundantes frutos de virtud producian. Porque en vano vendrá la ciencia i la erudicion profana á sentarse sobre la frente de un orador sagrado, si el espíritu de Dios no le inspira.

Tambien el *Padre Saurí*, cuyo aspecto grave, severo i reservado encubria la esquisita sensibilidad de su alma, dejaba muchas veces sus serias y continuas atenciones, para evangelizar al pueblo desde la cátedra santa, durante una mision. Su actitud era modesta i recatada, sus discursos graves, profundos i tocantes, su acento pausado, i sus palabras sentenciosas salian una á una de sus labios i caian sobre los corazones de sus oyentes con todo el peso de la ciencia i de la verdad, sin confundirse i sin perderse jamas; sí, sin perderse jamas; porque era grande la uncion que el cielo les concedia, i mas de una vez en medio de aquel acento pausado i regular, se sentia la emocion que ellas producian.

Algunas veces tambien durante la mision, resonaba el sagrado templo con los animados acentos del *Padre Parrondo*: de aquel misionero respetable de estatura pequeña, pero de grande espíritu; de porte noble, de maneras insinuantes, graves i modestas. Su ocupacion constante era el cuidado de los niños del colejio, i por esto, raras veces se tenia el placer de oír sus discursos elevados i llenos de uncion, siempre elocuentes i fervorosos. Su voz grave i sonora, se prestaba á las mas dulces inflecciones i dejaba un recuerdo profundo de las verdades santas en que instruía á su auditorio.

Y el *Padre Barragan*, nuestro estimable compatriota, hoi proscrito i condenado á no pisar mas el suelo natal, dejaba tambien algunas veces la compañía de sus queridos discípulos, para venir á repartir á sus conciudadanos el pan de la divina palabra desde la cátedra de la verdad. Instruido, elocuente, fervoroso, él sabia tanto con su ejemplo como con su palabra, convencer, animar i conducir á sus oyentes á la práctica de la virtud. Oh! que el cielo le conceda en una tierra estraña la paz, la libertad, las garantías, que por vestir la sotana de jesuita, le negara el gobierno de su patria. (*)

(*) *Vease la Circular de 25 de Setiembre último, publicada en la Gaceta Oficial número 1157; en la cual se ordena, que no se permita la entrada á la República á ninguno de los miembros de la Compañía, sea cual fuere el carácter con que se presente; aunque sea secularizado.*

Otras veces ocupaba la cátedra Santa el *Padre Cornett*. Este jóven sacerdote, francés de nacimiento, poseía los modales cultos i elegantes de los hijos de la Francia, junto con las maneras repoadas, modestas i edificantes de los hijos de San Ignacio. Era agradable su presencia, sus talentos despejados i su instruccion profunda, tanto en las ciencias sagradas como en las profanas. Su voz rara vez resonaba en el púlpito, porque él tambien empleaba constantemente su tiempo i sus talentos, en la instruccion de los niños; pero cuando se le oía, se experimentaban las mas vivas emociones. Sus fervorosos, animados i elocuentes discursos, se hacian mas dulces i persuasivos en sus lábios, por la suavidad de su acento i por la modestia de su apacible semblante.

Bellas, augustas, sublimes i tremendas, eran las impresiones que se recibian en los devotos dias de estas santas misiones. El silencio i escasa luz del templo, durante el dia; la magnífica iluminacion, durante la noche; las cortinas negras de las ventanas; el altar mayor cubierto con sus paños morados; el grande crucifijo solo en medio de él; la Virgen sentada á sus pies, i mas lejos, las imájenes de San Ignacio i San Luis; las imponentes i sonoras voces del órgano magnífico de la iglesia, mezcladas con los purísimos i argentinos acentos de los niños, que cantaban á coros el *Miserere*, ó aquellas solemnes estrófas, ¡*Perdon oh Dios mio!*..... todo, todo contribuía á recojer el ánimo i á entregarlo á esas sublimes i tremendas meditaciones, que al paso que inspiraban un profundo horror al pecado, conducian á la práctica de las virtudes cristianas i sociales. ¡Bella era por cierto una mision, i hermosos, mui hermosos i abundantes, los frutos de virtud i moralizacion que ella producía!

IV.

LA MISION EN LAS ALDEAS.

El tiempo en su curso ha de mostrar que hai muchos peligros i riesgos en los caminos en que la Cruz no existe.

El Visc. Walsh.

I si eran abundantes los frutos de virtud que una mision producía en la Capital, tambien eran abundantes i copiosos los que producian esas innumerables misiones de los campos i las aldeas, á donde tan frecuentemente iban esos laboriosos sacerdotes á sembrar la semilla de la doctrina santa de Jesucristo, en una tierra fertil i escojida, pero erial ó poco cultivada.

Las misiones de los campos eran tan bellas, que es imposible describirlas con todo su esplendor i su poesia. La hermosura de los campos sembrados de flores i de mieses; la inocente sencillez de los aldeanos que salian en tropa á recibir á los virtuosos misioneros, que les llevaban el pan de la vida i la palabra de salud; su entusiasmo, su alegría, sus inocentes i candorosas expresiones

de afecto i gratitud, todo esto era bello i consolador para un corazon cristiano. Los habitantes de las comarcas vecinas dejaban sus chozas i venian en peregrinacion á la aldea afortunada, con el alma sedienta de instruccion i con el espíritu sencillo dispuesto á recibirla. Cuando entraban al pobre templo de la aldea, decorado con ramos de sauces, con flores i con musgo, encontraban ya en él á los benditos sacerdotes ocupados en dar consuelos é instrucciones. ¡Felices ellos si podian penetrar por entre la multitud que los cercaba i recibir de sus labios los consejos y exhortaciones que deseaban!

Las oraciones i las meditaciones eran cortas, pero las instrucciones continuas, tanto en la cátedra sagrada como en el confesionario. La sencillez apostólica de los fervorosos misioneros, estaba al alcance de la rudeza é ignorancia de su pobre auditorio, que los comprendia perfectamente; i no solo los comprendia, sino que movido de la divina uncion de sus palabras, daba los mas brillantes ejemplos de virtud, reconciliándose con sus enemigos públicamente, perdonando á sus ofensores i dándose todos un sincero abrazo de paz, de reconciliacion i de amistad.

Al fin de las graves i austeros ejercicios se celebraban multitud de matrimonios i se repartia, en medio de un mar de fervorosas i santas lágrimas, el cuerpo sagrado del Señor; i este pan de la vida, se ofrecia tambien á los niños de la aldea, que por primera vez se acercaban al altar, coronados de flores silvestres, tan incultas como su corazon, tan bellas como su inocencia.

El dia de la partida, el dia de las lágrimas, uno de los sacerdotes colocaba una cruz de madera sobre la puerta del templo; era un recuerdo que el misionero dejaba á los habitantes de la aldea, para que no olvidasen las instrucciones que de él habian recibido, ni las promesas que ellos habian hecho á Dios. Ese recuerdo era una cruz, el simbolo de la redencion, el estandarte del Rei soberano, el árbol resplandeciente empapado con la Sangre de un Dios Salvador: si, este era el recuerdo que quedaba á la puerta del templo de la aldea, i este recuerdo estaba unido al recuerdo de aquel último discurso pronunciado en el atrio del templo, debajo de la bóveda azulada, frente á las colinas sembradas de flores i en presencia de una multitud de aldeanos, que guardarán en su corazon las elocuentes palabras del sacerdote i que no olvidarán jamás las bellas solemnidades de la mision; porque, como dice el visconde Walsh "Hai en las fiestas religiosas algo de indeleble, algo que queda cuando todo se vá!"

Los sacerdotes salian, en fin, de la aldea, colmados de las bendiciones de sus pobres habitantes, que lloraban por su partida i los acompañaban algunas leguas; i muchas veces sucedió que lloraran por ellos, los bendijeran i acompañaran á su regreso, personas que habian ofrecido para ellos, puñales i cordeles, i que habiéndolos conocido despues, los amaron sinceramente: tal es el poder de la virtud. ¡Llor á los venerables Sacerdotes que tanto trabajaban en las misiones, i gratitud eterna á su memoria!

SEMANA SANTA.

¡Desgraciados humanos á quienes ha herido el hacha de la injusticia: mirad la Cruz en que espiró el Santo entre los Santos!

M. de Poujoulat.

Llegaban los días de la santa cuaresma, i aquellos evangélicos sacerdotes desde el principio de ella, ocupaban diariamente la tribuna santa i la cátedra sagrada. En la primera, explicaban la benéfica i santa doctrina de Jesucristo; en la segunda, exhortaban al pueblo á penitencia por medio de sus elocuentes i persuasivos discursos.

En los primeros años de su permanencia en esta ciudad, tocó al *Venerable Padre Pablo Torroella* Superior de las misiones, dar al pueblo las instrucciones doctrinales de los cuarenta días de la cuaresma. Aquel Venerable Sacerdote, tan humilde, tan instruido, tan fervoroso, llenó exactamente su mision i desempeñó su tarea, con grande fruto en su auditorio. Los otros sacerdotes que despues lo reemplazaron, no fueron menos felices que él en el desempeño de tan útil i santa tarea.

En aquellos días los confesionarios se veían incesantemente rodeados de jentes de todas clases i edades, que venian á solicitar la absolucion de sus culpas i la reconciliacion con su Dios, movidos por las incesantes exhortaciones del púlpito i de la tribuna santa.

Nueve días antes del viernes en que se hace memoria de los Dolores de la Virgen, se empezaban los santos ejercicios i en ellos se redoblaba el fervor, el celo i el empeño de aquellos caritativos sacerdotes, por la salud de las almas. Con la oracion, la meditacion, las frecuentes instrucciones i los bellos i fervorosos discursos que hacian al pueblo, lo preparaban para la celebracion de las augustas solemnidades que se acercaban.

Llegaba la Semana Santa; la semana de los dolores del Hijo de Dios; los días santos i luctuosos en que la Iglesia congrega á sus hijos; les pone delante de los ojos las imágenes de Jesus i de María; les habla de los dolorosos acontecimientos del Huerto, del Pretorio i del Gólgota; les hace oír las lúgubres i misteriosas lamentaciones de Jeremías, i los dolorosos jemidos del Rei penitente, i en que llena de amargura, les manifiesta su amor i los convida á penitencia.

En los primeros días de esta santa jornada, los infatigables sacerdotes continuaban en la benéfica tarea de remitir los pecados de los cristianos, reconciliarlos con Dios i repartirles el pan de la vida.

Los oficios de la Semana Santa, solemnes i grandiosos, del mismo modo en la pobre capilla de la aldea, que en la suntuosa Iglesia Catedral, eran celebrados por ellos con tanta devocion, con tanto recojimiento, que era imposible distraerse de los santos pensamientos que inspiran tan dolorosas i augustas solemnidades.

Las oficios de la tarde, llamados de *tinieblas*, no eran menos bellos é interesantes. Los sacerdotes se presentaban en el presbiterio; los niños del colegio vestidos con sus sotanas i sus roquetes blancos, se colocaban mas abajo i empezaba el solemne canto, en que alternaban las voces de los niños con los graves i pausados acentos de los relijiosos, quienes hacian percibir i comprender las palabras poéticas i solemnes de los Salmos, de las lecciones de Job, de Isaías, de Jeremías, en términos, que los asistentes podian seguir, con sus libros en la mano, todo el curso de aquellos santos i devotos oficios.

En ellos no se oían esos brillantes trozos de música que resuenan en nuestra Catedral, ni se veía el inmenso concurso que se vé en ella, durante los oficios de la noche; pero ese canto tan grave i tan sencillo, ese recojimiento, esa modestia de los semblantes, hacia probar al alma emociones tan puras, tan tiernas i tan devotas, como no es posible sentir las, en medio del ruido que producen los instrumentos i los pasos de muchas jentes, cuyo espíritu distraido contajia el nuestro i no lo deja entregarse á los encantos que ofrecen las solemnidades de aquellos dias.

El Jueves Santo, despues de los devotos oficios, nada era tan bello, tan consolador i tan satisfactorio, como entrar á la capillita del Rapto de San Ignacio, en donde se colocaba el Cuerpo del Señor en un pobre i pequeño monumento. Allí no habia música, ni cantores, ni candelabros de plata, ni oro, ni sederia; pero sí habia innumerables ramilletes de flores naturales, muchos cirios, mucha sencillez i elegancia en su distribucion; i sobre todo, allí habia paz, recojimiento i devocion; i allí se podia apacentar el alma con santas meditaciones, i aprender de los fervorosos levitas que asistian delante del tabernáculo, á adorar al Dios escondido, á darle culto i á manifestarle amor, reconocimiento i profundo respeto. Si, si; el fervor de esos buenos sacerdotes, su devocion, su santo recojimiento, hacian nacer en el corazon mas disipado, profundos sentimientos de piedad i devocion. Ellos permanecian allí turnándose de dos en dos, desde la mañana á la noche, i desde esta al otro dia, dando constantes ejemplos de esas virtudes tan raras en nuestros dias - la fé i el respeto debido al Señor en su Santo templo, i delante del trono de sus misericordias.

Llegaba el Viernes Santo, el dia de luto para los cristianos; el dia de la memoria del gran sacrificio, de la grande iniquidad de los hombres i de la grande é inaudita muestra del amor de un Dios. Cerca de las doce, salían los habitantes de la ciudad de la magnífica Iglesia Catedral, en donde habian oido durante los oficios, la relacion de la muerte del Salvador por San Juan, i las reconvencciones, las amargas quejas que la Santa Iglesia pone en los labios del Hijo Eterno del Eterno Padre, enclavado en la Cruz: *¿Popule meus, quid feci tibi? ¿In quo contristabi te? Responde mihi.* “Oh pueblo mio! ¿Qué te he hecho? ¿En qué te he contristado? Respóndeme.—¿Porque te saqué de Ejipto preparaste una Cruz á tu Salvador? ¿Porque te guié cuarenta años por el desierto,

“te alimenté con el maná i te introduje en una tierra fecunda, “preparaste una Cruz á tu Salvador? ¿Qué mas pude hacer por “tí que no lo hiciese? Yo en verdad te planté cual viña mia “exelente, i tú me has sido excesivamente amarga; porque en mi “sed me propinaste vinagre, i con una aguda lanza abriste el cora- “zón de tu Salvador.....¡Pueblo mio! ¿Qué te hice? ¿En qué te “contristé? Respóndeme, respóndeme.”

Despues de oír estas sentidas i justas quejas, se encaminaban las almas devotas llenas de una santa tristeza, al magnífico templo en que los Jesuitas iban á presentarles el espectáculo sangriento del Calvario, á repetir las palabras de un Dios agonizante.

Las ventanas del templo estaban encubiertas con paños negros que apenas permitian entrar una débil claridad, que solo servia para hacer mas palpable la tristeza de la augusta memoria que iba á hacerse de las agonías que presenció el Gólgota. El altar mayor estaba enlutado tambien, i delante de aquellos paños funerales, se veía la Imájen Santa, despedazada i macilenta del Salvador del mundo, pendiente de la Cruz: á derecha é izquierda de la Santa Imájen, estaban las dos cruces de los ladrones compañeros de su ignominioso suplicio: al pié de la Cruz Santa, se veía de pié la Imájen pálida i llorosa de la Virgen, Madre del Dios moribundo; al otro lado la del discípulo del Señor, i prosternada debajo del patíbulo, desolada i bella, la imájen de la pecadora, á quien Jesus habia dicho: “Porque has amado mucho se te han perdonado muchos pecados.” Grandes hachones de cera, cuyas llamas ocultas á los ojos del pueblo iluminaban las Santas Imágenes i reflejaban sobre los paños negros del altar dándoles una claridad tétrica i siniestra, recordaban los relámpagos que de cuando en cuando iluminaron el sacrificio del Hijo de Dios en el Calvario. El resto del altar despojado de todos sus adornos, sin flores, sin mallas, sin macetas, recordaba el inmenso duelo de la Esposa del Cordero que habia muerto por la salud del pueblo.

A las doce en punto, se encaminaba uno de esos Venerables sacerdotes al púlpito, i daba principio al devoto ejercicio con una invocacion al Espíritu Santo: en seguida pronunciaba una fervorosa exhortacion para conducir á sus oyentes á la contemplacion de las sublimes i últimas palabras del buen Jesus. Concluida esta, otro sacerdote ocupaba la tribuna santa y decia en alta voz: *Pater, dimitte illis: Padre perdónalos porque no saben lo que hacen*: en seguida leía el punto sobre que debia versar la meditacion, i concluido éste hacia una pausa. Todos se arrodillaban entonces, i el órgano hacia oír sus quejosas i melancólicas voces, i los cantores entonaban el himno del *¡Perdon!* Se acababa la meditacion de aquella santa i consoladora palabra, i el sacerdote del púlpito la volvía á repetir para empezar su brillante i animado discurso, lleno de uncion como todos los que pronunciaban aquellos Venerables sacerdotes, i lleno de amor, de gratitud i de esperanzas. Estos bellos discursos duraban unos pocos minutos i eran alternados con la leccion, la meditacion, la brillante i severa música i los devotos himnos. Cada una de las partes de aquel

devoto ejercicio tenia mil encantos i bellezas para los que, con un corazon sincero i afectuoso, querian de buena fe consagrar aquellas pocas horas á la meditacion de las sublimes palabras del Salvador. La voz firme, sonora i muchas veces afectuosa, del sacerdote que leía el punto que se habia de meditar, las voces del órgano, las de las flautas, las de los cantores, tan tiernas, tan melancólicas i quejasas; los afectos que inspiraba la vista de aquel patíbulo, de aquella víctima, de aquella Virgen, tan pura i tan llena de dolores; de aquella pecadora tan llorosa i tan amante; la de aquel templo enlutado, alumbrado por unos cirios mortuorios i por una luz tan escasa, tan pálida i tan triste, sí, todo esto contribuía á dar fuerza, vigor i vida á aquella Santa i melancólica solemnidad. Pero sobre todo, cuando con tanto ardor salian las santas palabras de *perdon* de la boca de aquellos Venerables misioneros, odiados, perseguidos i afrentados por unos enemigos, á quienes talvez ellos ó algunos otros de sus hermanos habian colmado de favores, no podia uno menos que enternecerse i asombrarse con este irrefragable ejemplo de su virtud; no podia uno menos que desear imitar, como ellos imitaban, la mansedumbre del Hijo de Dios.

Durante aquellas tres horas de recuerdos i meditaciones, se recibian tantas i tan saludables impresiones, tantos i tan imponderables consuelos, tantos i tan tocantes ejemplos, tantas i tan elocuentes exhortaciones, que era imposible hallar una sola entre tantas personas de distintas clases i edades, como se hallaban reunidas en aquel santo templo, cuyo corazon permaneciese frio é impasible.

Ya los sacerdotes i el pueblo habian recorrido ese largo i sangriento camino de la Cruz; ya habian discurrido por todas i cada una de esas santas palabras de Jesus, i se acercaban las tres de la tarde, ¡la hora tremenda en que espiró el Salvador del mundo! Uno de aquellos Venerables sacerdotes acompañado de dos acólitos, revestidos con sus roquetes blancos de lino, se hincaba en las gradas del presbiterio. Los demás Relijiosos, los niños del colejio i el devoto auditorio todos se postraban devotamente. Los relámpagos empezaban á cruzarse; la oscuridad se aumentaba, i la profunda conmocion del pueblo, i el silencio que reinaba en el santo templo dejaban oír el ruido que hacia el viento, al estrellarse contra las rejas de la alta cúpula del templo. ¡Oh! todo era solemne y misterioso en aquellos momentos! Los sacerdotes empezaban á rezar el *Credo* con un acento lúgubre i pausado: al llegar al *incarnatus*, se postraban en tierra, i al decir: *Crucifixus etiam pro nobis sub Pontio Pilato passus et sepultus est*, tres penetrantes i agudas campanadas hacian palpar de dolor á todos los corazones i hacian brotar un diluvio de lágrimas de todos los ojos. ¡*Murió Jesus!* exclamaba el sacerdote poniéndose de pié, para empezar su última exhortacion.....

Oh! no hai palabras para expresar la sensacion de tristeza, de amor, de gratitud i de ternura, que se apoderaba en aquellos momentos de todos los corazones. Las lágrimas de la multitud corrian libremente i sus sollozos acompañaban el último i doloroso

discurso, i el último i melancólico canto, que resonaba en el templo aquella tarde!

¡Prácticas santas, á las cuales los impios han dado el título de *farzas!* nosotros os bendecimos; lo mismo que bendecimos la memoria del *Venerable Padre Alonzo Mesía*, que os fundó i estableció; lo mismo que bendecimos, á esos *Venerables Sacerdotes* que nos enseñaban en ese día Santo, i solemne á meditar en la muerte del Salvador del mundo, ó mas bien, que nos conducian á la cima del Gólgota á recibir sus últimas palabras, sus últimos ejemplos. ¡Imposible, imposible era que sus esfuerzos quedasen sin fruto cuando ellos hacian uso de toda su ciencia, de toda su elocuencia, de todo su fervor, para dar gloria á Dios i virtudes á los hombres.

VI.

MES DE MARIA.

La Virgen de las Aldeas, ha protegido los palacios; i hemos visto á los reyes acojerse á la *Consoladora de los aflijidos*, lo mismo que á los aldeanos implorar la proteccion de la *Buena Virgen del pueblo*.

El Visc. Walsh.

El Mes de María era una serie de ejercicios devotos consagrados á la Madre de Dios, que duraban todo el mes de Mayo, en Europa, el mes de las flores i los mas bellos dias de la primavera. Estos devotos ejercicios, aunque tenian el mismo objeto que los de San Ignacio, no tenian el aspecto severo é imponente de aquellos; porque eran consagrados á María, i porque eran mas bien una larga fiesta en honor suyo. Una fiesta en que el amor, la alegría, el entusiasmo i la esperanza, se apoderaban de las almas devotas: una fiesta en que las jóvenes ofrecian sus flores ante el altar, las madres sus oraciones i los niños sus armoniosos i alegres himnos: una fiesta en que el órgano magnífico de la Iglesia, resonando con todo el lleno de sus acordes voces, hacia retumbar las bóvedas del templo, con el sonido grave i majestuoso de sus trompetas; lo mismo que hacia palpar de ternura á los corazones devotos, con la expresion de sus dulcísimas i sonoras flautas, que nunca traían á la mente recuerdos profanos, sino pensamientos santos i celestiales.

Cada día al caer la tarde, se ofrecian unas cortas oraciones á la Madre de Dios. Concluidas estas, uno de los niños del colejo subia á una pequeña tribuna, en donde con los atractivos de la inocencia i con los encantos de su actitud infantil, recitaba algun suceso antiguo ó moderno, que servia de muestra de las bondades de la Santísima Virgen para con sus devotos. En seguida otros niños, acompañados del órgano, entonaban con sus puras i argentinas voces, uno de esos armoniosos himnos compuestos expresamente para aquel tiempo, i cuya música bellísima i escojida, producía el

nias puro entusiasmo i el mas ardiente fervor. Muchos años pasarán i el tiempo que todo lo borra, no hará olvidar aquellos devotos cánticos, que tanto embellecian la gran solemnidad. Cuando las bóvedas del templo repetian los últimos ecos de los niños, i se apagaban las voces del órgano, i el santuario quedaba en silencio, entonces el orador sagrado empezaba su discurso. La multitud atenta le escuchaba con un santo recojimiento i con un verdadero placer; porque si al callar las trompetas del órgano, habia suspirado por las armonías que acababan, otras nuevas armonías que hablaban á su corazon i á su entendimiento, venian en pos de las primeras á arrebatár su atencion; i si las primeras solo dejaban un delicioso recuerdo, las segundas dejaban sólidas instrucciones, santos pensamientos i recuerdos indelebles.

Las horas pasaban, los acentos del misionero dejaban de oirse, i las voces del órgano que volvian á resonar, i los acentos de los niños, que entonaban las Letanias, parecian decir al pueblo: Ya que todo se acaba i se desvanece, pidamos al Padre celestial, pidamos al Hijo de Dios, pidamos al Espiritu Santo, que se apiade de nosotros; pidamos á María, á la Madre del Verbo, á la Virgen de las Vírgenes, que ruegue por nosotros débiles i necesitados viajeros, para que al fin de nuestro camino hallemos una dicha perpetua, unas armonías que nunca cesan i una gloria sin fin.

Despues de este solemne i misterioso cántico, tan lleno de poesia i de esperanzas, despues de estas preces, solemnes, el sacerdote cristiano acompañado de dos acólitos vestidos de blanco, que llevaban en sus manos dos cirios encendidos, símbolo de la fé del pueblo católico, subia al altar; i tomando en sus manos el santo relicario de la Virgen, daba con él la bendicion al pueblo, que recojido i humilde, esperaba aquella santa i maternal bendicion, como un niño espera la bendicion de su madre antes de dormirse, para que Dios le dé una noche tranquila i su Anjel bueno le acompañe. Ah! en este instante el sacerdote parecia decir á la multitud:—Id en paz, que María os ha escuchado i os dá su bendicion, en prenda de su amor i del cuidado que tiene de vosotros.—La multitud se levantaba i el órgano resonaba por la última vez alegre i sonoro; i los niños ofrecian en el último himno de la noche, cantado con júbilo i placer, la última flor de aquel dia: ¡eran las buenas noches, i el consolador *hasta mañana*, que un niño con los ojos cargados de sueño, dá á su querida i cariñosa Madre! Oh! el Mes de Maria era una solemnidad que hacia comprender bien que María es nuestra Madre.

Durante estos bellísimos dias, el templo se presentaba alegre i cuidadosamente engalanado. Todos los altares conservaban sus cirios de cera blanca, sus mallas, sus macetas plateadas i sus mejores ornamentos. Las tribunas estaban colgadas de blanco, las paredes i los arcos del templo decorados con cortinas de colores, graciosamente regazadas. El altar mayor ocupado por un elegante pabellon de cortinaje doble, blanco en el interior, adornado de brillantes estrellas de talco i de grandes flecos i festones de flores, i azul hermoso en el exterior, sembrado de estrellas plateadas, orlado

con hermosos flecos dorados i con gruesos cordones i borlas de la misma clase. Bajo el centro de este gran pabellon, se veía de pié la bellisima imagen de la Virgen, con su corona de plata i su aureola de estrellas. A sus pies ardian innumerables antorchas de cera blanca, intermediadas de mil i mil variados ramilletes de flores naturales, de las mas bellas i lozanas, de las mas frescas i fragantes de la estacion. Al rededor del altar de la Virgen, se veían varios ángeles que llevaban en sus manos palmas, banderas, coronas, incensarios i flores. Mas lejos, á derecha é izquierda del altar, sobre el ancho i alfombrado presbiterio i debajo del gran pabellon, se elevaban doce pedestales que sostenian á doce ángeles ricamente vestidos, los cuales llevaban en sus manos graciosos tarjetones de seda, en forma de banderolas, cuyos diversos bordados i pinturas alegóricas, representaban los elojios que la Santa Iglesia tributa á María. Allí ondeaban las torres i los tronos, las palmas i los cedros, las rosas i los lirios, la luna i las estrellas, las cruces, los ecúleos, los libros i las coronas de blancas azucenas; como demostrando que en la presencia de un Dios, que supo formar una Virgen tan perfecta, para que fuese Madre de su Unijénito Hijo, nada valen la magnificencia de los ástros, la altura de los cedros i la belleza de las flores; i valen mucho menos, las grandezas, el poder i la ciencia de los mortales. Al pié de cada una de aquellas pinturas se leía un versículo de las Letanias, el cual descifraba la alegoría. I era bello i consolador al corazon de un cristiano, repetir todos los dias al contemplarlas: *Mater amabilis, ora pro nobis. Mater inviolata: Virgo fidelis: Stella matutina: Civitas Dei: Luminare celi: Thronus Salomonis: Pulchra ut luna: Lilium castitatis: Rosa sine spina: Auxilium christianorum: Refugium peccatorum: Regina angelorum....* Oh! si; era bello i consolador el repetir estos elojios, i el contemplar por todas partes esos brillantes trofeos de la gloria de María.

¡Mui hermosos, mui poéticos i elocuentes eran los adornos del templo i del altar en estos dias! Ellos recordaban sin cesar, que aquella fiesta estaba consagrada á María, á la Virgen sin mancha, á la Madre de los huérfanos, á la abogada de los pecadores, á la Reina del cielo, á la Madre de Dios.

La profusion de los ramilletes de flores, el aroma que axalaba el humo del incienso, la brillantísima luz de innumerables antorchas encendidas delante del angusto trono, los altares, los ornamentos blancos, las ricas alfombras, todo, todo inspiraba la mas devota alegría, la mas ardiente ternura i el mas vivo fervor; i las oraciones que se elevaban al Cielo delante de aquel altar majestuoso eran mas dulces, mas fervientes i animadas, que las que se le ofrecian todos los dias; porque nuestra débil naturaleza, nuestros miserables sentidos, necesitan de mil objetos exteriores que aviven la fé i enciendan los afectos del corazon. Por eso los fervorosos hijos de San Ignacio, que tanto conocen el corazon humano, daban á sus fiestas ese aparato magnífico, esa sublime poesía, que tanto contribuye á dar copiosos frutos de amor i devocion; i por eso en el Mes de Nuestra Señora, no se veía sobre su pe-

cho el Santo Crucifijo de la mision, ni sobre sus semblantes la grave severidad de los dias de la cuaresma, sino la apacible sonrisa de la devocion, la santa alegria del amor de Dios, i del amor de la Santísima Vírgen.

Llegaba, en fin, el último dia de aquella solemnidad: el gran dia de la Santa Comunión. I así como en los ejercicios, el dia de la comunión era el dia santo i feliz de la reconciliación con Dios, así el dia de la comunión en el *Mes de Maria*, era el dia de la última flor que se colocaba sobre su altar; i esta última flor era la mas bella, la mas pura, la mas excelente; era la misma comunión. Con ella se cerraba la corona de flores, que se habia tejido durante el mes, para presentarla humedecida de lágrimas de amor i de ternura á la Madre de los hombres, á la Reina del Cielo. Este era, en fin, el complemento de los obsequios que se le habian tributado, para que ella al presentarlos ante el augusto trono de la Beatísima Trinidad, rogase por aquellos que con tanta ternura la obsequiaban.

Apenas se empezaban á divisar las primeras luces del alba, cuando ya la inmensa multitud de los devotos de Maria esperaban en las puertas del templo, que estas se abriesen delante de sus pasos. Al fin rechinaban sobre sus goznes; i un momento despues, estaba el Santo Templo inundado de un inmenso jentio, que se postraba delante del altar i á los lados de los confesionarios, esperando la absolucion de sus faltas, para acercarse á recibir la Santa Eucaristía. Aquí un grupo de matronas oraba devotamente: allá las jóvenes con sus libros dorados en la mano, recitaban devotas oraciones; mientras algunas Señoras exitaban la infantil devocion de las niñas, que por primera vez se acercaban á recibir la Santa Comunión: i era bello contemplar este grupo de criaturitas hermosas, vivaces i festivas, engalanadas cuidadosamente con sus trajes blancos de lino, sus cabellos ensortijados, sus velos de tul, sus coronas de azucenas, i con sus cirios de cera blanca en la mano hincadas delante del altar i llenas de inocencia, de candor i de alegría, ensayándose en dar los primeros pasos en la vida espiritual. Ah! ellas iban por primera vez á recibir el Pan de los ángeles, con un corazon sencillo, puro é inocente, libres de sinsabores i libres pasiones; i si ellas aun no comprendian bien la grandeza del misterio de que iban á participar, si su devocion no era tan grave i reposada, tan ferviente i ardorosa como debiera ser, por lo menos llevaban una alma pura, un corazon limpio i un deseo eficaz de recibir al Señor. ¡Dichosas ellas! Sí; dichosas ellas, que iban á recibirle, para que Él las preservase de todo crimen, de toda impureza. Mas tarde, cuando las pasiones despierten en su corazon, cuando las malas inclinaciones violenten su espíritu, cuando inundados sus ojos con las lágrimas del arrepentimiento, vuelvan á acercarse á los altares á recibir la eterna medicina de las almas, ellas recordarán su primera comunión; i al pensar en su antigua inocencia, derramarán copiosas lágrimas i formarán santos i eficaces propósitos, sinceras i fervientes resoluciones de renunciar á todo lo que pueda des-

lustrar su candor i su pureza: entónces tambien, recordarán con lágrimas de gratitud, los primeros consejos, las primeras instrucciones que recibieron de aquellos Venerables Sacerdotes, que dirijieron sus primeros i vacilantes pasos por la senda de la inocencia, de la virtud i del amor de Dios, i ofrecerán al Cielo sus votos i sus ardientes lágrimas por la felicidad i santificacion de aquellos Venerables Misioneros. I cuando los pesares i las amarguras inherentes á la humana naturaleza, vengan á enlutar los hermosos años de su juventud, tambien volverán á recordar el día de su primera comunión; tambien volverán á buscar en la Sagrada Eucaristía fuerzas i resignacion; tambien volverán á llorar por aquellos que entónces ya no enjugarán sus lágrimas, ya no calmarán sus pesares, ya no les darán santos i prudentes consejos, pero sí vivirán en los recuerdos de su ardiente i agradecido corazon.

Al fin llegaba el momento solemne, i el Venerable Pontifice, gloria i ornamento de la Iglesia Granadina, que sin cesar habia presidido los devotos ejercicios; era quien lleno de zelo por la salud de sus hijos, tomaba en sus manos la Eterna Medicina, i los convidaba á recibirla, diciéndoles: —He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.—Entónces se encaminaban lentamente á la Sagrada Mesa, las respetables matronas con los ojos humedecidos de lágrimas; las vírgenes hermosas con la alegría i el pudor sobre su frente; los hombres respetables de la ciudad, con la gravedad de su sexo i de su edad; los pobres artesanos llenos de recojimiento; los jóvenes estudiantes i los niños de la escuela, imitando la gravedad i recojimiento de los hombres mayores; i en fin, las niñas de primera comunión, con toda la devocion i seriedad compatibles con sus pocos años.

Entre tanto un Sacerdote subia á la Tribuna Santa, i allí recitaba claras i fervientes oraciones i bellisimos coloquios, que llenaban el espíritu de amor de Dios, de recojimiento, de fé i de santa devocion. Luego severas é imponentes resonaban las trompetas del órgano magnífico, que acompañaban á las robustas voces de los cantores que proclamaban la gloria de Dios en hermosos himnos. A estas sucedian las quejosas i melancólicas flautas, que se mezclaban con los deliciosos acentos de los niños que cantaban el amor de Jesucristo en el SANTISIMO SACRAMENTO; en tanto que el Pontífice i los Ministros del Señor repartian al pueblo el Pan de los Ángeles, i que el Sacerdote de la Tribuna oraba devotamente.

En algunos momentos de santo i solemne silencio, se percibia á lo lejos el ruido de la ciudad, i mas cerca se oía el canto de los pajarillos, que venian alegres i gozosos á revolotear junto de de las ventanas del templo. Se diria que ellos venian á suplicar se les dejase tomar parte en las alabanzas que los hombres ofrecian á su Criador. El Sol radiante se presentaba lleno de alegría i hacia ver los torbellinos de humo que salian de los incensarios i se elevaban al Cielo, junto con los invisibles afectos de mil i mil corazones devotos. Oh! qué grandioso é imponente era el aspecto sagrado de aquel hermoso templo, en las augustas horas de la Santa

Comunion! ¡i cuán bello i consolador era no encontrar entre aquella inmensa multitud de jentes de todas clases, de todas condiciones, de todas edades, ni un solo individuo cuyo corazon no estuviese conmovido, al contemplar tan grandiosa i poética solemnidad! Allí no habia ni un espíritu distraido, ni una mirada indagadora, ni un corazon indiferente. ¡ Dichosos los pueblos en donde se ven con frecuencia solemnidades semejantes!—solemnidades, en que el fervor i la devocion de los fieles hacen formar una idea de los augustos misterios que tienen la dicha de celebrar. ¡ Dichosas las ciudades en donde los hijos de Ignacio pueden sembrar con libertad las semillas de la virtud i de la devocion! ¡ Dichosos los corazones en que como en un terreno fértil naçen, crecen i se fortifican estas santas semillas!!!

VII.

LAS CONGREGACIONES.

Yo me atrevo decirlo: nada hai mas contradictorio, mas inicuo, mas vergonzoso, que acusar de moral relajada, á hombres que llevan en Europa la vida mas austera, i que van á buscar la muerte á los confines del Asia i de la América.

Voltaire, Carta del 7 de Febr. de 1746.

El único objeto que los Sacerdotes de la COMPAÑIA DE JESUS, tuvieron en el estâblecimiento de *Las Congregaciones* de artistas i de niños, fué el de dar á la Iglesia virtuosos hijos i á la Patria buenos ciudadanos. Sí, este fué su único objeto; i para llenarlo, se consagraron á dar á los artesanos i á los niños de la Capital frecuentes i exactas instrucciones, sobre sus deberes para con Dios, para con la sociedad, para con sus familias i para consigo mismos. Les enseñaban á amar á Dios, á rendirle el culto debido, á practicar santas obras de piedad i á cumplir los preceptos de la Iglesia: les enseñaban á reprimir sus pasiones por medio del mas grande i poderoso freno para ellas, la confesion; de la cual ha dicho el mismo Voltaire, que es una cosa exelente, un freno al crimen, una costumbre que el sus partidarios santifican i reconocen como el mejor medio para evitar al perdon á los corazones ulcerados por el odio. Tambien les enseñaban á ser fieles en sus compromisos, á ser atentos i afables con sus familias, á llenar con exactitud sus laboriosas tareas, i todo esto, con tanta persuacion i tan felices efectos, que la moralidad i buen comportamiento de los artesanos de la Congregacion los hicieron en poco tiempo mucho mas dignos de la confianza i del aprecio jeneral.

Unos de los espectáculos mas consoladores que los Relijiosos de la COMPAÑIA DE JESUS nos dieron en el tiempo de su permanencia en esta Ciudad, fueron las fiestas que los artesanos celebraron en honor de la Santísima Virjen i de su Santo Esposo. En ellas se veía á mas de seiscientos Artesanos, decentemente vestidos

con el fruto de su trabajo, de su honradez i de las buenas costumbres adquiridas i que cada dia se hacian mas completas i notables á los ojos de sus conciudadanos: en ellas se admiraba su devoción, su celo por la gloria de Dios, por el culto católico i por la honra de Maria i de su Santo Esposo: en ellas se notaba en sus semblantes la modestia i compostura de los cristianos, junto con las maneras cultas de los hombres civilizados. Ah! todas esas bellísimas prendas habian sido cultivadas en esa escuela cristiana i civilizadora, en esa Congregacion Relijiosa fundada i dirigida por los Padres de la COMPAÑIA DE JESUS. I es necesario abrigar la mas grande indiferencia en materias relijiosas, i el odio mas ciego i obstinado, hácia los virtuosos Sacerdotes que fundaron aquella útil i benéfica Congregacion, para acusar de envenenadas i corruptoras á las santas doctrinas que enseñaban ellos, á las doctrinas de la Iglesia Católica, á las doctrinas que formaban hombres tan estimables, tan dignos de la atencion i del aprecio de sus conciudadanos. ¡Ojalá que los honrados artesanos de la Congregacion no olviden jamás las doctrinas, los consejos, las exhortaciones i enseñanza, que durante seis años recibieron de los Padres Jesuitas! ¡Ojalá que recuerden sin cesar, que con su práctica han perfeccionado sus buenas costumbres, han mejorado su industria i su fortuna, se han granjeado la estimacion general, han logrado aumentar la confianza en su honradez, el amor de sus esposas i el respeto de sus hijos! ¡Ojalá, en fin, que la buena conducta de estos dignos artesanos, su obediencia á las leyes, su exactitud en llenar sus deberes i compromisos, continúen haciendo la apolojía de su bella Congregacion, i defendiendo á sus dignos fundadores de las viles é injustas acusaciones de sus enemigos, con el esplendor de sus virtudes!

VIII.

EDUCACION DE LA JUVENTUD.

Relativamente al arte de instruir á la juventud lo mas corto i lo mas expedito sería decir: Ved las escuelas de los Jesuitas: porque entre tal clase de establecimientos, nada hemos visto mejor.

El Canciller Bacon.

“La Europa ilustrada ha hecho una pérdida irreparable en los Jesuitas. La educacion no ha sido jamas bien dirigida despues de su caída. Ellos eran singularmente agradables á la juventud, por sus maneras afables, las cuales quitaban á sus lecciones ese aire de pedantería que retrae á la infancia.”

He aquí lo que decia Mr. de Chateaubriand: ese jénio privilegiado de la Francia al hablar de la educacion de la juventud, dirigida por los Sacerdotes de la COMPAÑIA DE JESUS. He aquí



tambien, la pérdida que ha hecho la N. Granada; pérdida llorada en Francia por un Chateaubriand, i pérdida, que nunca será bastantemente llorada en nuestro pais. Sí; nosotros podemos decir aun con el autor del Jenio del Cristianismo: "Despues de una revolución que ha relajado los lazos de la moral i ha interrumpido "el curso de los estudios, esas sociedades, á la vez religiosas é ilustradas, llevarian un remedio seguro á la fuente de nuestros males." ¡Ellas lo llevarian, es verdad; pero ya no existen entre nosotros!

Los padres de familia, que en el dia de hoy, piensen en la instruccion moral, relijiosa i científica, que sus hijos recibian en el Colejio de los Padres Jesuitas, llorarán sin consuelo al contemplar la inmensa pérdida que han hecho, i su corazon será despedazado de dolor al recordar aquellos lucidos certámenes, en que los hombres intelijentes admiraban ese cúmulo de conocimientos, que los niños adquirian con tanta solidez, i manifestaban con tanta propiedad.

En aquellos certámenes todo era completo; i los niños que apenas habian entrado al curso elemental, eran tan admirados en sus pequeños conocimientos de Gramática, Aritmética, Geografía, Geometría, Lectura, Historia sagrada, Doctrina cristiana i Caligrafía, como los que habiendo entrado al curso de literatura, conocian la Gramática latina, hacian versiones de diferentes idiomas al castellano i de éste á aquellos, daban noticia de la Mitología i manifestaban su instruccion en la historia de los Ejiptios, de los Fenicios, de los Asirios i de los Romanos. Los alumnos de la clase de Retórica i Poesía, admiraban por sus adelantados conocimientos en el idioma patrio, en el Latin, Francés, Italiano, Inglés i aun en el Griego. Varios de los alumnos de esta clase, pronunciaban discursos compuestos por ellos mismos, en diversos idiomas, ó los escribian durante el certámen, sobre un tema dado por los examinadores, i sobre asuntos bastante serios.

Los ejercicios de la academia de Retórica en los certámenes del año pasado de 1849, fueron bellos é interesantes. Allí se pronunciaron discursos bellísimos, versos exámetros, odas latinas, versos elejacos, narraciones castellanas i francesas. En la primera sesion, sobre la historia romana, recordamos con placer entre otros discursos, los siguientes en diversos idiomas: el de Horacio vencedor condenado á muerte i libertado por su padre: el de Veturia á su hijo Coriolano: el de la expedicion de Camilo contra Túsculo; i el de César al ver la cabeza de Pompeyo. En la segunda sesion, se pronunciaron varios discursos latinos i castellanos, en los tres jéneros de elocuencia. En el jénero Exhortativo, Demóstenes orador popular; La Madre de los Macabéos, i Diógenes buscando un hombre: en el Deliberativo, Alejandro á sus soldados antes del asalto de Petra; Moisés disuadiendo á los Israelitas la vuelta á Ejipto, i el de un Cartajines á Aníbal detenido en Capua; i en el Judicial, la acusacion de Manlio, la defensa del mismo, i la sentencia del Cónsul.

Aquella academia que en la tercera parte representaba al Senado Romano, era imponente i bella, i su declamacion hermosa,

noble i animada. Oh! el curso de literatura en todos sus ramos, nada dejaba que desear! Los niños aprendian bien lo que se les enseñaba, porque se les sabia enseñar, i se tenia un deseo eficaz i constante de que aprendiesen.

Los jóvenes que habian entrado al curso de ciencias, manifestaban muchos i extensos conocimientos en Lógica, Sicología, Teodicea, Moral, Teología natural, Filosofía moral.

En Matemáticas i en Física experimental, es sabido que los Jesuitas tienen grandes conocimientos, i que ellos habian traído á todo costo de Europa máquinas desconocidas en nuestro pais hasta entónces, para propagar extensamente esos conocimientos; que ellos los enseñaban con propiedad, con esmero i con constancia; i que sus discípulos adelantaban rápida i prodijiosamente.

Ah! no es posible enumerar, parte por parte, todos los conocimientos que los educandos de los Jesuitas adquirian en aquel plantel de virtudes é instruccion; pero tampoco es posible dejar en olvido las clases de adorno, aquellos dibujos tan bien ejecutados, aquellos trabajos de caligrafía tan correctos i tan hermosos, aquella música, aquel canto tan bello, tan sentimental, tan expresivo. Oh! nunca olvidarémos aquella Aria de la creacion, aquel Duo de la Norma, el de Tancredo, el de los Proscritos, el Diálogo entre Jesus i Maria, los Coros de Moises, de Nabuco i de la Norma... cantados i aplaudidos inmensamente, en el último certámen. Ni olvidarémos tampoco aquel Drama relijioso tan bien ejecutado, aquella declamacion tan propia i tan correcta, aquellas decoraciones tan naturales i sencillas, aquellos trajes tan escogidos, aquel himno á la paz tambien cantado; i en fin, aquella solemne distribucion de premios, con que se excitaba á la juventud á merecerlos por su aplicacion, por sus virtudes i buen comportamiento. ¡Dias de placer i de felicidad para los padres i madres de familia, dias de gratitud i patriótico entusiasmo para los buenos ciudadanos, vosotros venisteis para darnos conocimiento del bien que teniamos, i pasasteis rápidos para dejarnos inmensos motivos de dolor!

Esos actos literarios no se presenciaban jamas sin sentir vivas emociones de admiracion i gratitud. La dulzura, la afabilidad, las maneras finas é insinuantes de los directores, su buen gusto en la eleccion i division de las materias que se presentaban al exámen de los intelijentes, lo útil i lo agradable todo mezclado i confundido, para no cansar la atencion de los niños, para amenizarles sus penosas i sérias tareas: los bellos modales de esos jóvenes educandos, su viveza, su intelijencia, su expresiva alegría, su inocente modestia; todo esto, i mucho mas que se veía i no es posible expresar, llevaba al corazon de los padres i madres de familia el convencimiento mas completo, de que los Jesuitas sabian dirigir la juventud, sabian educar á los niños, sabian formarles el corazon, i sabian hacerles amar los estudios i la virtud.

Si de los certámenes públicos pasamos al interior de aquel Colejio, es preciso citar las palabras de Voltaire. "Yo he vivido, decía él, yo he vivido siete años en la casa de los Jesuitas: ¡i qué

“es lo que he visto entre ellos?—La vida mas laboriosa i mas frugal, “todas las horas divididas entre sus cuidados para con nosotros i “los ejercicios de su austera profesion. *Yo atestiguo esto mismo, “con millares de hombres educados como yo; i es por esto, que no “ceso de admirarme, de que se les acuse de enseñar una moral “corruptora.”* Ah! por lo menos Voltaire, si fué impío é irreligioso, tuvo un momento para decir la verdad, i para manifestar al mundo, que no era ingrato.

Las prácticas de piedad establecidas en el Colejio de los Jesuitas, eran fáciles, ligeras i precisas; i nunca se fatigaba á los niños, con largos i penosos ejercicios de devocion, ni se les imponian penitencias, ni se les exijian austeridades. Los Jesuitas les hacian amar las prácticas santas establecidas por la Iglesia, convenciéndoles de su necesidad i de su utilidad; les enseñaban á cumplir los deberes i preceptos de la Relijion con sencillez, con libertad de espíritu, i del modo mas acepto á Dios i mas útil i compatible con su estado.

Los ejercicios piadosos de la Congregacion de niños, de esa Congregacion tan bella i edificante, eran los mismos que practicaban los educandos del Colejio. Unas pocas i devotas oraciones, i bellísimos cánticos á la Virgen todos los dias; i dos ó tres funciones relijiosas al año, celebradas con magnificencia i embellecidas con los mas poéticos i sublimes encantos de la Relijion, con la mas pura i ferviente devocion de que es capaz la infancia, con una Santa Comunion que hacia derramar abundantes lágrimas de ternura i gratitud, con muchos cirios, cintas, flores i coronas en el altar, i con mucha alegría en los corazones de los niños, en los de sus dichosas madres i en los de sus buenos directores. He aquí como se celebraba una fiesta de la Santísima Virgen, de San José i de San Luis Gonzaga, Patron de los niños. Despues de estas bellas solemnidades se seguia un dia de descanso, un paseo al campo, una corrida de terneros, unos fuegos artificiales, ó la representacion de un drama relijioso. Oh! los Jesuitas en medio de los ejercicios piadosos, no perdian ocasion de dar á sus discípulos bellos ejemplos de compostura i edificacion, i santas i provechosas instrucciones: en medio de las recreaciones, no perdian tampoco la oportunidad de darles un consejo, de hacerles una advertencia, i de corregir con la mayor bondad, una faltilla de atencion, ó una pequeña imprudencia.

Una sola vez al año tenian los niños unos pocos dias de ejercicios espirituales: era al fin de la cuaresma. Estos ejercicios eran suaves i adaptados á la correccion de las pequeñas faltas de la niñez i de la primera juventud; faltas pequeñas en aquella edad, pero que sino se corrijen á tiempo, se arraigan, fortifican i crecen en el corazon del niño, que se hace hombre sin haberlas destruido; i las cuales pueden mui bien decidir despues, de la felicidad ó infelicidad de toda la vida.

En el curso ordinario de los estudios i ocupaciones establecidos en el Colejio, eran admirables el órden, la regularidad, la exac-

titud en el cumplimiento de los mas pequeños deberes. Allí se veía el estudio amenizado de mil ingeniosas maneras, la instruccion mezclada con las recreaciones, i los ejercicios devotos embellecidos con los mas puros encantos, para hacerlos amables i necesarios á los corazones dóciles de los niños.

Los Jesuitas sabian mantener entre los niños el órden, el respeto i la atencion, durante la clase, por medio de su afable gravedad; durante las prácticas relijiosas, por medio de su ejemplo i su prudencia; durante las recreaciones, vijilando todos sus pasos i movimientos, i durante el reposo de la noche, acompañándolos, cubriéndolos i conciliando su sueño, sin cansancio jamas, sin aspereza, ni mal humor. La noche misma de su expulsion, en medio de la angustia que oprimia su alma, vijilaron por última vez los dormitorios de los niños, i prodigaron á estos sus últimos cuidados, atenciones i caricias, mezcladas con sus lágrimas.

Oh! la dulzura i la rectitud de los Jesuitas para con sus discípulos eran tan grandes, como lo es la dulzura i la rectitud de un padre afectuoso para con sus hijos, en cuyos corazones por medio de estas dos virtudes, hace nacer el amor i la confianza, sin sacrificar su dignidad: i los cuidados, las atenciones i los desvelos de aquellos benéficos Sacerdotes para con sus alumnos, eran iguales á los de una madre vijilante i cariñosa. Ellos nunca hacian uso del rigor i la dureza de un orgulloso preceptor, i rara vez necesitaban de la severidad de un maestro; i cuando se veían precisados á usar de ella, lo hacian sin irritar el amor propio de sus educandos. Por todo esto era, que los Jesuitas eran tan amados de sus discípulos: por todo esto era, que la vijilancia de los buenos Relijiosos nunca era pesada para los niños, ni la temian sin motivo, ni se recataban de ellos para entregarse á sus inocentes diversiones, sino que antes los buscaban, para que los acompañasen en ellas, para que tomasen parte en ellas, para que ellos variasen las que ya les cansaban; i los bondadosos i complacientes directores, se prestaban gustosos á los deseos de los niños, embellecian i modificaban sus juegos, i prevenian sin molestarlos toda desgracia. Nosotros vimos muchas veces al Padre Barragán, nuestro estimable compatriota, Sacerdote jóven pero de grande virtud, conversando familiarmente con los niños, acariciándolos i complaciendo sus inocentes exigencias. El *Padre Amoros* con su dulzura, se habia granjeado todo el afecto de estos: el *Padre Tornero* les enseñaba la música i el canto, i las horas de sus lecciones eran deseadas de sus discípulos: el *Padre Parrondo* estaba siempre rodeado de los niños, á quienes no desviaba la natural gravedad de su semblante, porque ellos conocian la dulzura de su carácter i gustaban de su instructiva i amena conversacion: el *Padre Cornett*, era mirado por ellos como un hermano: El *Padre Fernández* era amado de sus discípulos, como en otro tiempo lo habia sido el *Padre Porée* de los suyos: el *Padre Gil* era un objeto de grande amor i de grande veneracion para los niños: los *Padres Sauri, Gomila, Assensi, Garcia i Vicente*, no merecian me-

nos sus respetos, sus atenciones i su afecto; i despues de su expulsion, se consolaban viendo á sus directores con bonete, porque así se parecian á los Padres... Todos, en fin, merecian la confianza, la estimacion i el mas sincero amor de parte de sus educandos, porque veían en ellos unos bondadosos amigos, i no unos severos i molestos directores. I no solo en los buenos Sacerdotes tenian ellos afectuosos amigos: tambien los tenian en los virtuosos i ejemplares coadjutores de la Compañía, en esos buenos hermanos, cuya virtud, conocimientos i bellos modales, merecen nuestros recuerdos. Entre ellos estaba el hermano Miguel Parés, cuya agradable i simpática fisonomía, inspiraba tanto respeto, cuya conversacion amena é instructiva nunca cansaba: entre ellos estaba el Hermano J. Maria Saracco, cuya fisonomía severa, formaba el mas grande contraste con su afectuoso i bello corazon, con su exquisita sensibilidad; i el Hermano Luis Seralors, que poseía una grande virtud, una inapreciable sencillez i un corazon de paloma; i el Hermano Rafael Fortun, cuya voluntad firme i decidida siempre por el cumplimiento de su deber, jamas hallaba obstáculos insuperables á su constancia i á su mansedumbre; i el Maestro Buenaventura Feliu, que tan frecuentemente acompañaba i dirigia á los niños, dándoles sin cesar en su persona un vivo ejemplo de moderacion, de dulzura i de admirable i bella serenidad de espíritu; i los novicios, en fin, tan recatados, tan silenciosos, tan humildes, tan ejemplares, tan amados de los niños, porque todos ellos merecian la estimacion de la juventud i de las jentes honradas.

Cuando se piensa en la virtud de aquellos maestros respetables, i sobre todo, en los santos ejemplos de dulzura, de paciencia, de moderacion, de humildad, de resignacion i de obediencia, que sin cesar ofrecian á sus discípulos; es necesario para comprender todo su valor, recordar las bellas palabras del P. Croiset: *El discurso agrada, el argumento convence, pero el buen ejemplo persuade.* Sí; i ese buen ejemplo era lo que principalmente buscaban para sus hijos, en los colejos de los Jesuitas, los padres i madres de familia católicos: eso es lo que lloran hoi, lo que llorarán siempre; porque eso es lo que dificilmente se consigue en los otros establecimientos de la misma clase, porque en ninguno de ellos se encuentran diez ó doce, ó mas hombres empeñados incessantemente, de dia i de noche, en prodigar buenos ejemplos á los niños i en evitarles toda ocasion, todo motivo de escándalo: eso es, en fin, lo que en vano los políticos, los legisladores, los mandatarios de una nacion civilizada i católica quisieran dar á sus pueblos, para sus colejos i escuelas, sin la cooperacion de los Jesuitas. I esa seguridad, ese tesoro de los buenos ejemplos para sus hijos, unidos á tanta ciencia i á tanta doctrina, es, ¡Dios mio! lo que el Gobierno de la N. G. ha quitado á una multitud de padres i madres de familia, que antes quisieran ver muertos á esos mismos hijos, que pervertidos, viciosos i mal acostumbrados; i que antes prefieren separarse de ellos i enviarlos á una tierra extraña, á recibir el pan de la ciencia i la leche de los buenos ejemplos,

de sus antiguos directores, que tenerlos á su lado, pero expuestos á corromperse, en cambio de adquirir unos mezquinos conocimientos.

El Conde de Montalembert escandalizado al pensar que la Francia pudiera dar una lei que excluyese á los Jesuitas de la enseñanza de los niños, decia: “La lei que, con el pretexto de proveer á la instruccion secundaria, excluyera del pais á la Compañia, no seria sino una sancion de la tiranía, de la incredulidad; i mientras ella subsistiese, se verian siempre, como se ven hoi, miles de niños, de las mas ilustres familias de Francia, que van á buscar mas allá de nuestras fronteras, en Friburgo, en Brugges, en Göttinge el pan de la ciencia, denunciando así á los cielos i á la tierra la irrision que se hace entre nosotros de la libertad, i la impotencia de nuestra decantada filosofía.”

IX.

LAS MISIONES.

¿Qué filósofo ha pensado alguna vez en dejar su Patria para ir á los bosques de América á reducir las tribus salvajes, á separarlas de los vicios de la barbarie, i á darles una mora?

Le Comte de Maistre.

“¿Quién los reemplazará en nuestras cátedras? ¿Quién los reemplazará en nuestros colejos? ¿Quién se ofrecerá á llevar la fé i la civilizacion con el amor del nombre Francés, á los bosques de América, ó á las comarcas del Asia tantas veces rociadas con su sangre?” Esto decia el Abate Laménais hablando de los Jesuitas, en este mismo siglo, en medio de la Francia: en medio de esa Nacion culta, civilizada, llena de grandes jénios, de grandes oradores, de sacerdotes ilustrados, de académicos científicos. ¿Qué diremos nosotros en medio de una Nacion nueva, inculta, pobre en civilizacion, en ciencias i en virtudes? ¿Quién, quién entre nosotros podrá llenar, como ellos llenaban, tantas i tan diversas atenciones, tantos i tan graves deberes, como su misma caridad les habia impuesto? ¿Quién será el que como el *Padre Lainez*, bravo capitán de la milicia de San Ignacio, Sacerdote jóven, de bella presencia, de grandes conocimientos i de inmensa virtud, se ofreciera á llevar la luz del Evangelio á los ásperos desiertos del Caquetá? ¿Quién volverá, como él volvió á la Capital de la República, cargado con las bendiciones de aquellos desgraciados infieles, i engalanado con un casquete i una pelliza de vistosas plumas que ellos le habian vestido, exigiéndole la usase por amor suyo? ¿Quién, en fin, se condenará, como él se condenó, á morir de hambre en las entrañas de esos lejanos desiertos? ¿Quién!—El *Padre Piquer*, otro Jesuita, se ofreció despues de él; i el decreto de su expulsion lo encontró evangelizando á aquellos pobres indios, i el mismo de-

creto lo arrancó del corazón de los desiertos que bañó con sus lágrimas i cubrió con sus bendiciones. Pero despues de él, ¿qué misionero irá á llevar el nombre del Salvador á las tribus salvajes?.... Ah! los sudores de esos dos Jesuitas, la muerte del uno i las lágrimas del otro, ¿todo, todo se perderá!...i de esa mision que tanto prometia, no quedará sino una memoria entre los pobres hijos del Caquetá i nuestras lágrimas por su destruccion. ¡Qué triunfo para los enemigos del Catolicismo, de los Jesuitas i de la civilizacion!!!

¿En donde encontraremos hombres que educados como los Jesuitas, tengan su robustez, su corazón, su tino, su prudencia, su consagracion, su caridad, su desinterés, su paciencia, sus conocimientos i su constancia, para que con todas estas cualidades i todas estas virtudes, puedan reemplazarlos en nuestros bosques, en nuestras cátedras i en nuestros colejos? Oh! para hacer lo que hacen los Jesuitas, i como lo hacen ellos, se necesita *ser Jesuita*, porque para ser Jesuita, se necesitan catorce años continuos de estudios, de meditaciones i de sufrimientos; catorce años de una vida la mas mortificada, la mas pobre, la mas austera, empleada en la oracion, la meditacion, el vencimiento de todas las pasiones, de todos los deseos, de todas las inclinaciones contrarias á la perfeccion; se necesitan pues, esas prácticas i esos largos años de aprendizaje i enseñanza, dirigidos por los Jesuitas i coronados con esos votos tremendos i solemnes; i se necesita en fin, segun la expresion de los mismos Religiosos, fundir á un hombre en el molde de San Ignacio para que sea Jesuita.

Mr. de Chateaubriand hablando de los misioneros Jesuitas, dice: “Los superiores exigen muchas cualidades en los educandos que “se destinan á las misiones. Para el Levante se necesita saber el Griego, “el Cophto i el Turco, i poseer algunos conocimientos en medicina. “Para la India i la China se necesitan astrónomos, jeógrafos i me- “cánicos. La América está reservada á los naturalistas.”

He aquí una muestra aunque incompleta de los conocimientos de los misioneros Jesuitas. Mas no son sus extensos i grandes conocimientos lo que excita nuestra admiracion; es el objeto con que los adquieren; es la caridad que se abriga en el corazón de esos hombres que todo lo sacrifican por el bien de otros hombres; esa caridad que los obliga á dar un *adios* quizá eterno, á sus mas caras relaciones i al aire querido de su país natal, para ir á llevar consuelos i beneficios á los remotos países á donde son llamados; i para ir en fin, á acabar su existencia en las desiertas playas de un río de América como el Padre Telles, varon sapientísimo i lleno de virtudes, ó en el corazón de un peñasco como el Padre Lainez, ó en una ciudad remota sin la vista de sus parientes i amigos como el Padre Torroella. Sí; eso es lo que nos admira, su caridad, su consagracion al bien de sus semejantes, sin mas interés que la gloria de Dios.

Razon tenia el Abate Lamenais cuando decia: “Yo he ha- “blado de consagracion, i á esta palabra el pensamiento se vuelve “con dolor hacia esa Orden en otro tiempo tan floreciente, cuya “existencia toda entera no fué otra cosa que una absoluta con-

“sagracion á la humanidad i á la Relijion. Ah! bien lo sabian
 “aquellos que la han destruido, mas esta era la razon que tenian
 “para destruirla, así como lo es para nosotros la de pagar al menos
 “con nuestras lágrimas i reconocimiento, el tributo que le es debido
 “por tantos beneficios. Ah! ¡i quién podrá enumerarlos todos? ¡Por
 “mucho tiempo aun, se percibirá el vacío inmenso que han dejado en
 “la cristiandad esos hombres ávidos de sacrificios, como los otros
 “lo son de placeres; i por mucho tiempo se trabajará en llenarlo!”....

Oh! ¡quiera el Cielo que el vacío que ellos han dejado entre nosotros puedan llenarlo completamente nuestros buenos sacerdotes granadinos, tanto los que han encanecido en los trabajos apostólicos, como los que, educados en ese Colejio Seminario (cuyo arreglo i perfeccion debemos á nuestro Dignísimo i Respetable Prelado) han recibido recientemente las órdenes sagradas i se esfuerzan, con el ardor de la juventud i la perseverancia de la caridad, en mantener el culto i las prácticas sagradas! Debemos esta expresion de justicia i gratitud á nuestro amado i Venerable Pastor, á varios Relijiosos de las órdenes monásticas, á muchos jóvenes sacerdotes i en fin, al virtuoso Clero granadino, que con tanto empeño i caridad ha trabajado por enjugar las lágrimas del pueblo, en este año de tribulaciones i amarguras, para los hijos de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

CONCLUSION.

El nombre de Jesuita interesa mi corazón, mi espíritu i mi reconocimiento.....
 Carvalho i Choiseul han destruido, sin réplica la mas bella obra de los hombres, i á la cual ningun establecimiento sub-lunar se acercará jamás. Ella es el objeto eterno de mi admiracion i de mi reconocimiento. *Lalande. Bulletin de l'Europe.*

Hemos procurado describir las amarguras, los pesares, el entusiasmo i las demostraciones de gratitud de un pueblo cristiano en la expulsion de los Jesuitas. Hemos tratado de manifestar la justicia de sus lágrimas, trayendo á la memoria el mérito incontestable de esos Venerables Sacerdotes, la inocencia i santidad de su vida, su consagracion á las tareas apostólicas, los beneficios que nos dispensaron en la cátedra sagrada, en el confesonario, en las congregaciones, en la cabecera de los moribundos, en las misiones, i finalmente, en los colejios, en la educacion de la juventud. Bien sabemos que aun nos faltan muchos otros; pero no es posible enumerarlos todos, i bastan los ya expresados, para hacer justicia al pueblo bogotano i particularmente á las Señoras de la Capital, por su gratitud, por su dolor i sus lágrimas.

Si vosotros los que teneis un corazón jeneroso i agradecido quereis saber mas, preguntad á esa multitud de esposas desgraciadas que jemian bajo la opresion de un esposo cruel i libertino, quien

enjugó sus lágrimas, quien las dirigió con sus consejos, quien las ayudó con sus penitencias i oraciones, á reconquistar la paz doméstica: i os responderán—Un Jesuita.—Preguntad á las que han visto cambiarse en odio i malos tratamientos el afecto i complacencias de sus esposos, de qué proviene ese cambio, i os dirán:—De la expulsion de los Jesuitas. (*) Buscad á todos los necesitados, á todos los aflijidos, i ellos os dirán cómo esos caritativos sacerdotes se condenaban á alimentarse con los mendrugos de pan que dejaban los niños, para poder dividir con ellos sus miserables entradas: (**) cómo se interesaban con las personas pudientes, para que aliviassen las miserias ajenas: como pagaban las deudas de los artesanos, para libertarlos de una prision: i cómo por sus consejos se hicieron infinitas restituciones de usuras i de dinero mal adquirido: ellos os hablarán tambien de los enemigos reconciliados, de los escándalos corregidos i de mil i mil beneficios mas que estaban ocultos i que el dolor i la gratitud publican sin cesar.

I fuera de esta ciudad tambien podeis preguntar á los habitantes de las provincias de Antioquia, Popayan i Pasto. Ellos os hablarán de los mismos hechos, de los mismos beneficios, de que nosotros hemos hecho mencion: ellos os darán noticia de los templos que levantaron, de los colejos i escuelas que establecieron ó fomentaron, de sus trabajos en las misiones de los pueblos comarcanos, i de las tribus salvajes: ellos, rebosando de admiracion i de entusiasmo, os hablarán de la elocuencia, del celo, de la caridad de todos i cada uno de esos Venerables Religiosos, i con lágrimas de gratitud, os nombrarán á los PP. Freire, Legarra, Cotanilla, Cortés, Blas, San Roman, Boada, Orvegozo, Piquer, Lainez & & cuya memoria vive i vivirá siempre entre los virtuosos hijos de esas provincias.

I vosotros, hombres bárbaros é injustos, *que habeis arrancado á la desgracia sus mejores consuelos, á la inocencia sus mejores apoyos, á la virtud sus mejores directores, á la juventud sus mejores maestros, á la moral sus mejores auxiliares, á la Religion sus mejores misioneros.....* Seguid vituperando el entusiasmo de un pueblo agradecido..... Seguid calumniando las lágrimas santas de las matronas bogotanas.... Seguid injuriandolas con vuestras asquerosas i viles producciones.... i no os detengais: sois discípulos de *Voltaire*, que osó manchar el honor i la gloria de la heróica, de la incomparable Juana de Arc: i sus lecciones han formado vuestras costumbres, i vuestras costumbres forman la gloria de vuestro maestro. Sí, seguid.... pero no esperéis nunca que vuestras calumnias empañen la reputacion de las Señoras de la Capital. ¡ Eso no! ni

(*) *En la Curia Metropolitana se ha observado que las desavenencias entre los matrimonios de las clases pobres, se han aumentado considerablemente despues de la expulsion de los Jesuitas.*

(**) *Los réditos de dos casas que les habia cedido la piedad de una Señora, i la corta dotacion de dos cátedras que rejentaban. Estas eran las grandes rentas de que ellos disponían para socorrer hasta á sus mismos enemigos, i para mantener en diversas provincias, á mas de ochenta personas, entre Religiosos, novicios i coadjutores.*

entre vuestros amigos, ni entre vuestros contrarios, porque todos conocen vuestras tendencias, vuestros odios, la máxima de vuestro oráculo i la vuestra, que es: "*Mentir como un demonio, i no con timidez ni por algun tiempo, sino con atrevimiento i siempre.*"

Ha pocos años en Francia, decia Mr. Roselli de Lorgues: "¿Quien se atrevería hoy en una tertulia, á tomar á su cargo el hacer la apolojía del indecente detractor de una de nuestras mas bellas glorias, de la mas épica, de la mas nacional, de Juana de Orleans?" ¡Oh mengua! ¡En la Nueva Granada no solo se hace la apolojía de ese cínico infame, sino que se le imita en la mas vil de sus viles tendencias.....en la de atacar á los muertos, á las mujeres i á los sacerdotes!!!

I vosotras, matronas respetables i virtuosas, jóvenes inocentes i puras, que tantos ultrajes habeis recibido de los sacrilegos perseguidores de la Iglesia, que tantas veces habeis sido escarnecidas é injuriadas por vuestra piedad, glorias de ser uno de los objetos del odio i del encono de los que aborrecen i ultrajan al PONTIFICE Supremo de la Iglesia, de los que odian i persiguen á nuestro Venerable Pastor, de los que odian i destierran á los Sacerdotes Jesuitas, de los que odian en fin, ultrajan i proscriben el ¡NOMBRE SANTO TERRIBLE I ADORABLE DE JESUS!... Las Pompadour, las Monmore, las Candeille, las Maillard, no hubieran merecido jamas, el odio que vosotras mereceis, porque los impios no odian otra cosa que la virtud i la Religión. Mas la virtud i la Religión son dos cosas tan grandes, tan santas i exelentes, que bien podeis alegraros de sufrir por ellas; hasta el martirio.—¿I temblaríais por los sarcasmos i calumnias de los que quieren destruir la Religión Santa de Jesucristo, para sustituirla con el infame sistema del socialismo?—No, ¡jamás! Vosotras sabreis mantener á toda costa la fé, la Santa i consoladora Religión que os legaron vuestros buenos i cristianos Padres; vosotras continuareis sembrando en el corazon de vuestros hijos i domésticos la semilla santa que se os ha confiado, i no dejareis que nazca zizafia en vuestras mieses. Vosotras necesitais, es verdad, valor, constancia, resignacion i sacrificios; pero todo, todo lo debeis á la conservacion del mas precioso don que os han hecho los Cielos: i cuando lleguen á vuestros oidos los sarcasmos, las injurias, las viles calumnias que la impiedad arroja contra vosotras por vuestra gratitud á los ministros del culto, i por vuestro amor á la Religión, recordad estas consoladoras é infalibles palabras del Salvador del mundo: "DICHOSOS SEREIS CUANDO LOS HOMBRES POR MI CAUSA OS MALDIJEREN, I OS PERSIGUIEREN, I DIJEREN CON MENTIRA TODA SUERTE DE MAL CONTRA VOSOTROS. ALEGRAOS, *ENTONCES*, I REGOCIJAOS; PORQUE ES MUI GRANDE LA RECOMPENSA QUE OS AGUARDA EN LOS CIELOS."

Bogotá, á 1º de Noviembre de 1850.